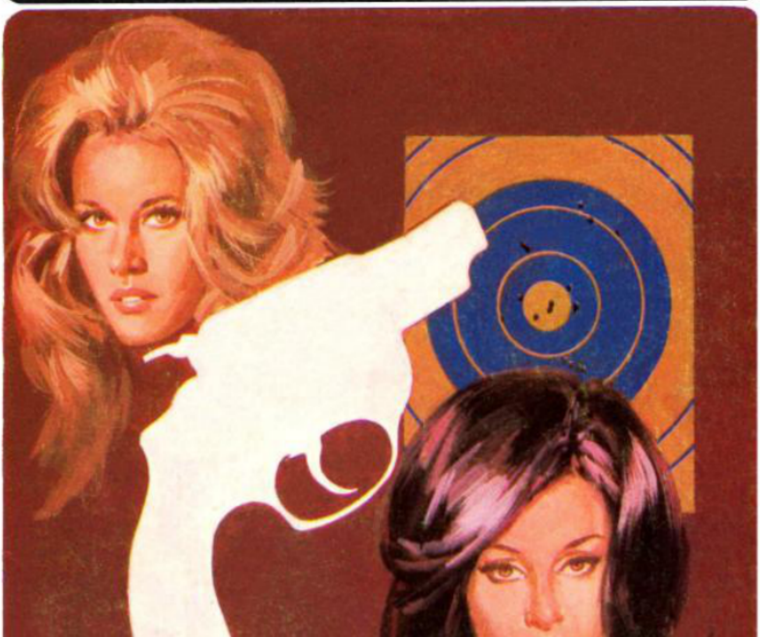
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

UNA MORENA Y UNA RUBIA



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

UNA MORENA Y UNA RUBIA

Colección LA HUELLA n.° 119
Publicación quincenal
Aparece los lunes

LA HUELLA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 52.317 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en esta Colección: febrero, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Era un hombre alto, fornido, atlético. Dentro de aquella pequeña lancha aún resultaba más grande, más gigantesco. Como si no fuera a caber en ella. Muy rubio, de facciones fuertes, grandes. Todo en él era grande, sólido; incluso las manos, en las que sostenía los prismáticos Unas manos enormes, poderosas; en ellas, los prismáticos parecían un diminuto juguete.

Con los prismáticos estaba mirando hacia las dos lanchas de tamaño mediano que se veían hacia el centro de la pequeña bahía. Primero a una, luego a otra, las iba mirando, examinando con mucha atención los rostros de las personas que había a bordo de ambas, todas ellas junto a la borda. En cada una de las lanchas, un hombre manejaba los brazos, haciendo señales marinas, enviando mensajes y recibiendo respuestas por el mismo procedimiento. Letra a letra, por medio del código internacional de señales marítimas, los mensajes y respuestas se iban sucediendo. A veces, no eran mensajes coherentes, sino letras sueltas. Los que hacían esto iban cambiando continuamente, practicando todos aquel sistema de comunicaciones ya en franco desuso.

A pleno sol, el hombre rubio de facciones fuertes, soportaba el riguroso calor de agosto con absoluta impavidez, pese al sudor que perlaba su frente. Una y otra vez, dirigía los plasmáticos hacia la persona que, en una y otra lancha, hacía señales. En realidad, resultaba aburrido. Había sido elegido para aquel trabajo precisamente porque entendía mucho sobre cosas del mar, y, en efecto, iba entendiendo todos los mensajes y respuestas que se cambiaban entre las dos lanchas, separadas por unas doscientas yardas, en el centro de la pequeña bahía azul y salpicada de blancas crestas.

A los pocos minutos, el hombre, decepcionado, comenzó a girar buscando con los prismáticos algo que pudiera merecer su interés

en mayor grado que aquellas señales. Realmente, no esperaba ver nada, y, por eso mismo, se sorprendió al ver, en la costa, un par de objetos brillantes…

No.

No eran dos objetos brillantes exactamente, sino los cristales de otros prismáticos, que recibían la luz del sol en tal ángulo que el reflejo iba a parar precisamente adonde estaba él. Se frunció el ceño del hombre, su boca se cerró en un gesto enérgico, seco… Toda su atención se concentró entonces en el reflejo de aquellos prismáticos. No podía ver a la persona que los estaba utilizando.

Volvió a mirar a las lanchas, de nuevo a la costa, donde se veía el reflejo del sol en los prismáticos, de nuevo a las lanchas… Por fin, dejó los prismáticos, y se dispuso a dar el encendido del motor de su pequeña embarcación… Pero, tras vacilar un par de segundos, decidió no hacer tal cosa.

Colocó en los soportes los pequeños remos de emergencia, y comenzó a remar hacia el punto de la costa donde estaba viendo el reflejo del sol en los cristales ópticos. La distancia no era excesiva, pero, además, pronto se vio que aunque hubiera sido diez veces mayor, aquel hombre no habría tenido dificultad alguna para recorrerla. Remaba sin prisas, pero con un vigor y una habilidad sorprendentes, admirables.

De modo que, en silencio, la lancha se fue acercando a la costa arenosa. Un poco a la izquierda había unos pequeños grupos de rocas, y, detrás, un poco nutrido bosquecillo de pinos. Algunas palmeras, que parecían colocadas allí artificialmente, se extendían por la playa, casi llegando al agua.

En menos de tres minutos, el hombre llegó a la playa de arenas onduladas, formando suaves dunas. Hacía un calor espantoso, pero el hombre había decidido ignorarlo: toda su atención estaba ahora fija en la persona que estaba viendo, entre uno de los pequeños grupos e rocas. Aquella persona era la que estaba utilizando Los prismáticos, sin duda alguna para mirar hacia las dos lanchas que cambiaban señales por medio de sus ocupantes.

El hombre dejó la lancha suelta, sujeta solamente por el pequeño anclote que dejó caer con indiferencia por la popa. Saltó al agua, sin importarle poco ni mucho mojarse hasta las rodillas, y comenzó a caminar hacia aquella otra persona que también utilizaba

prismáticos… A los pocos pasos, pudo verla bastante bien: era una mujer. Una estupenda rubia, que, ni más ni menos, estaba en bikini… Durante unos segundos, siempre sin alterarse, el hombre estuvo viendo el torso de la mujer, juvenil, pujante, bronceado… De pronto, ella se volvió y debió verlo con los prismáticos, mucho más cerca de lo que él estaba.

Cuando el hombre llegó allá la muchacha estaba en disposición de recibir visitas. Se había puesto unos grandes y redondos lentes de sol, y junto a ella tenía una radió pequeña, a transistores, de la que, entonces, era fácil percibir la música.

—Hola —saludó el hombre.

—Hola —sonrió ella, por pura cortesía.

—Perdone si la molesto… Vi brillar algo aquí, y pensé que podía ser algo que mereciese mi atención.

—Pues va ve que no —replicó ella.

—Yo diría que sí —volvió a sonreír él—. ¿Vive usted aquí?

—No.

—Ah… Como por aquí hay algunos *bungalows*… ¿Le importa prestarme los prismáticos unos segundos?

—En absoluto. Si eso es todo lo que quiere…

El hombre sonrió de nuevo, tomó Los prismáticos, y los dirigió hacia el centro de la pequeña bahía. Primero una, luego otra, pudo ver perfectamente las dos lanchas, y a las personas que seguían cambiando señales con los brazos. Bajó lo prismáticos, siempre sonriendo.

—Resulta entretenido, ¿verdad? —comentó.

—¿El qué?

—Eso de las señales. ¿Usted entiende algo?

—No. Nada.

—Son señales marítimas, que se hacen con los brazos. Según la posición de los brazos, indican una letra u otra. Y así, hasta veintiséis letras que hay en el sistema internacional de señales por ese sistema. Por ejemplo, si usted, desde su lancha, quiere saludar a alguien que pasa en otra lancha, y no dispone de otro tipo de señales, ni consigue localizar en onda de radio, puede ir moviendo los brazos de este modo —se puso en posición de firmes, y movió varias veces los brazos, marcando diferentes posiciones—, y al final habrá dicho: «Todo va bien, feliz viaje». Es una actitud cordial, ¿no

le parece?

—Seguramente. ¿Eso es lo que se están diciendo los de esas dos lanchas?

—No, no… Esas lanchas pertenecen al To Be A Sailor Club. En cada una de ellas hay un instructor, encargado de enseñar a los socios del club las diversas cosas del mar. Hay quien se conforma con aprender a esquiar, otros prefieren el submarinismo, y otros, con vistas a comprarse una lancha, aprenden los secretos de la navegación. Es un club muy agradable… ¿No lo conoce?

—No.

El hombre rubio y recio sonrió una vez más, y la mirada de sus oscuros ojos fue directa hacia la pequeña radio a transistores. Una mirada penetrante, inteligente.

—Bonita radio… Y bonita música. Aunque, sinceramente, considero que estando junto al mar, no es necesaria la música. No hay mejor música que el sonido del mar. ¿No opina así?

—Es cuestión de gustos. Yo prefiero la música.

—Sí, eso parece —señaló la radio—. ¿Me permite verla?

—Desde luego. ¿Quiere un cigarrillo?

—No en este momento, gracias —el hombre tomó la radio, mientras la muchacha, de cuerpo espléndido, muy joven y bonita, tomaba su bolsito playero, y sacaba un paquete de cigarrillos—. Veamos si encuentro el botón de paro, y se convencerá de que no hay mejor música que la del mar.

Encontró el botón de paro, desde luego. Entonces, sólo se oyó el rumor del mar, y el hombre miró a la muchacha con gesto triunfal, como diciendo: «¿Se da cuenta de la diferencia? ¡Esto es más hermoso!». Luego dio un par de vueltas a la radio entre sus enormes manos, como si algo no estuviese claro en su mente. Parecía completamente abstraído en la contemplación de tan vulgar aparato… Pero pocos segundos después, el aparato dejó de ser vulgar. Esto ocurrió cuando el hombre, con un seco y contenido tirón, quitó la tapa posterior de la radio, dejando al descubierto las pilas, los circuitos… Y en un lado, destacando claramente a sus ojos, bien diferenciados de los normales componentes de una radio, los dos diminutos carretes que giraban, desplazando la delgada cinta magnetofónica.

Un brillo de triunfo apareció en los ojos del hombre, que estuvo

unos segundos contemplando tan inesperado hallazgo. Por fin, alzó la cabeza vivamente, mostrando ahora en sus labios una sonrisa seca, dura, hostil, comenzando a decir:

—Parece que vamos…

Plop.

Los ojos del hombre se abrieron mucho, espantados, al ver la pequeña pistolita en manos de la muchacha rubia. Había notado el golpecito en el pecho, todo su cuerpo se estremeció, vibró, bajo el impacto del balazo. Dejó caer la radio, se puso en pie llevando la mano derecha bajo su azul zamarra de marino…

Plop.

Recibió el segundo balazo un poco más a la izquierda, esto es, en pleno corazón. Saltó hacia atrás, se golpeó de espaldas en unas rocas, rebotó y cayó de bruces a la misma orilla del mar, quedando con medio cuerpo dentro del agua y las piernas sobre unas pequeñas rocas.

La muchacha quedó cinco o seis segundos mirando a todos lados. No había nadie a la vista. En las dos lanchas del To Be A Sailor Club, sus ocupantes continuaban cambiando señales con los brazos. Por fin, la muchacha rubia del bikini azul se puso en pie y, todavía pistola en mano, se acercó a mirar al borde de las pequeñas rocas. Se quedó contemplando al hombre otros pocos segundos. Luego, lentamente, alzó la manita armada, apuntó fríamente a la nuca del hombre y volvió a disparar.

Plop.

La cabeza del hombre rubio experimentó un suave y trágico vaivén, y en la nuca quedó visible el limpísimo agujero, que el agua salada comenzó a lavar inmediatamente.

Luego, la muchacha rubia recogió sus cosas, y se fue, tierra adentro.

CAPÍTULO II

El inspector Cosgrove, jefe de la Delegación del FBI en Baltimore, dejó de contemplar sombríamente a las gaviotas que pasaban chillando por encima de ellos, volviendo la cabeza hacia la playa, hacia el interior. Junto con otros dos hombres, estaba en el mismo borde de la playa, mojándose los pies tan impecablemente calzados. Pero eso no le importaba Lo más mínimo. Ni a los dos hombres que estaban junto a él. Muy cerca había dos camilleros, uno a cada extremo de la camilla, en la que se veía el bulto del hombre, cubierto por el blanco lienzo de pies a cabeza. Un poco más allá, otros dos hombres, igualmente sombrías sus expresiones. Hacia las palmeras, dos coches y una ambulancia, cuyas puertas traseras estaban abiertas, esperando. Junto a cada coche turismo, sin distintivo oficial alguno, un hombre, no menos sombrío que los demás.

El coche de la policía se había marchado ya, pero el viejo Tom Samish había quedado en tierra, apoyado en una palmera, mirando de uno a otro a aquellos hombres esparcidos por la playa, cuyos gestos y expresiones eran de una sombría dureza que lo tenían impresionado.

Acababa de llegar otro coche, y tres hombres se apearon de él. Los tres eran altos, esbeltos, atléticos. Pero el más impresionante era el que caminaba en cabeza hacia el mar, plegada su boca en un gesto duro, de furia contenida. Tenía los ojos negrísimos, los cabellos color cobre, las manos grandes y tostadas por el sol. Vestía con irreprochable corrección, con una sorprendente elegancia natural Era, sin discusión alguna, el más impresionante de todos los hombres que se habían reunido en aquel lugar de la costa, cerca de Woodland Beach, estado de Maryland, a unas veinte millas de Washington y aproximadamente otras tantas de Baltimore. Un hermoso lugar para disfrutar del sol y del mar… siempre y cuando

se esté vivo.

Cuando los tres recién llegados se detuvieron ante el inspector Cosgrove, sólo se oía el rumor del mar y los chillidos de las gaviotas. Sin decir palabra, se estrecharon las manos, cambiando breves saludos con la cabeza con los demás hombres. Luego, el de los ojos negrísimos y cabello color cobre fue hacia la camilla, se acuclilló y alzó el blanco lienzo. Los dos que habían llegado con él, de pie a su espalda, contemplaron el lívido, crispado rostro del hombre rubio y recio. El de los ojos negrísimos movió con cuidado la cabeza y contempló el agujero en la nuca. Luego estuvo unos segundos contemplando los dos limpísimos agujeros que se veían en el pecho, uno de ellos sobre el corazón.

Por fin, se puso en pie y miró a uno de los camilleros.

—Llévenselo.

Hasta que la ambulancia se hubo marchado, nadie se movió. Todas las miradas estuvieron fijas en aquel vehículo que se llevaba el cadáver de un compañero. El primero en moverse entonces fue el inspector Cosgrove, que se acercó al hombre de los ojos negrísimos, el cual encendía pensativamente un cigarrillo.

—Soy partidario de no esperar más, Hadaway. Vamos a por ellos.

Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, afecto a las órdenes directas de John Edgar Hoover exclusivamente, y jefe de los servicios de contraespionaje del FBI, miró a Cosgrove, todavía pensativo. Y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Esperaremos, Cosgrove.

—¿Qué esperamos? Los conocemos a los cuatro, los tenemos vigilados… Sabemos que uno de ellos es un espía soviético, o al menos eso parece. Quedó detectado e identificado, al entrar procedente del Canadá. Les hemos dado cuerda larga, pero… demasiada. Y eso nos ha costado la vida de Stuart Freeman, uno de nuestros mejores agentes.

—No vamos a atacar impulsivamente ahora, Cosgrove. Para eso no habríamos arriesgado la vida de Stuart Freeman. ¿Quién encontró el cadáver?

Cosgrove señaló hacia donde el viejo Tom Samish continuaba apoyado en una palmera, mirando siempre con impresionada curiosidad aquella concentración de agentes e inspectores del FBI.

—Se llama Tom Samish —musitó Cosgrove.

—¿Y de esa muchacha rubia que me dijo por teléfono? ¿Se sabe algo?

—Nada.

Hadaway asintió con la cabeza y se dirigió hacia Samish, que se separó de la palmera, adivinando que se iba a convertir de nuevo en personaje importante.

—Señor Samish, soy Clarence Hadaway, inspector del FBI. Le agradecemos mucho su… intervención en esto, y su gran afán de colaboración, según me cuenta el inspector Cosgrove.

—Hice lo que tenía que hacer… —musitó Smith—. Aunque, claro, al principio, como no sabía que el hombre muerto era un agente del FBI, llamé a la policía.

Clarence contempló amablemente al viejo pescador. Llevaba pantalones azules, unas viejas zapatillas de lona blancas, y un jersey a rayas rojas, blancas y azules, horizontales. Debía tener no menos de sesenta años y tenía un algo en sus ojillos maliciosos que resultaba simpático, igual que su barbita gris, larga y enmarañada.

—¿Vive usted por aquí, señor Samish?

—Muy cerca. Tengo una vieja cabaña a la orilla del mar, a menos de media milla del To Be A Sailor Club.

—Ya. ¿A qué se dedica usted?

—Oh… A muchas cosas Alquilo mi lancha y mis servicios de experto en pesca mayor a quienes me pagan. También doy paseos en mi lancha a algunas personas que vienen de vacaciones a Woodland Beach… De cuando en cuando, me dedico a pescar solo… Hago cosas así, y lo paso bien y feliz.

—Me alegro. ¿A usted le molestaría venir con nosotros a Baltimore, señor Samish?

—No, no… Lo haré con gusto.

—Muy agradecido, de veras. Es usted muy amable…

CAPÍTULO III

Sentado a un lado de la mesa de despacho de Cosgrove en la Delegación de Baltimore, Clarence Hadaway acabó de contemplar sombríamente las fotografías que habían sido tomadas del cadáver del agente especial Stuart Freeman. Alzó la cabeza y miró a Cosgrove.

—Quedamos, entonces, en que puede ser cierta la existencia de esa muchacha rubia, habida cuenta de que ninguno de nuestros cuatro sospechosos estuvo en ese lugar de la playa —tomó un montón de fotografías de cuatro hombres nada más; pero en diversas posturas cada uno de ellos, y las fue pasando rápidamente —. Merry Heywood, propietario de una gasolinera, en la cual vive; tiene además un *bungalow* en la playa, por encima de Woodland Beach, es decir, al otro lado del lugar donde mataron a Freeman. Alex Nelson, vendedor en los Grandes Almacenes
Colby's,
también soltero, que vive en un pequeño apartamento en Baltimore. Grant Philbrook, instructor del To Be A Sailor Club, y que, esta mañana, cuando fue asesinado Freeman, estaba en una de las lanchas, enseñando el viejo sistema de señales marítimas con los brazos. Y por último, nuestro hombre clave: Giles Thompson, el que, según nuestros informes, es un espía soviético, y entró hace algunas semanas por Canadá; está trabajando de camarero en el *Boom Snack*, también de Baltimore… Los cuatro, según entiendo, están vigilados hace ya tres semanas, sin que se haya podido observar en ninguno de ellos ningún detalle revelador. Sus domicilios, aprovechando las ausencias de los miércoles, han sido registrados concienzudamente; no hay radios, ni libretas claves, ni armas, ni mapas… Nada interesante. Tampoco se han relacionado con nadie que pueda resultar sospechoso. Simplemente, trabajan tranquilamente, y los miércoles se reúnen en el *bungalow* de Merry

Heywood, para… jugar al póquer. Supongo que también ha sido debidamente registrado ese *bungalow*…

—Claro. Nada tampoco.

—Bien… Sin embargo, un hombre que está internacionalmente clasificado como espía soviético, el tal Giles Thompson, no creo que haya venido a Estados Unidos, con pasaporte falso, a trabajar de camarero.

—Ni siquiera debimos dejarle entrar en el país.

—¿Por qué no? Ya conoce nuestra táctica en muchas ocasiones, Cosgrove; dejamos entrar al primer pez, y cuando la red está llena, la retiramos… Es un buen negocio…

—Esta vez ha sido malo. Esos hombres no hacen nada que nosotros podamos descubrir, evidentemente. Y la espera, ha costado la vida de un agente. ¿Para qué vigilar o esperar más? Sabemos que Stuart Freeman ha muerto por algo relacionado con ellos… Cuando lo mataron, estaba vigilando a Grant Philbrook, el instructor del To Be A Sailor Club.

—No lo entiendo yo así. El tal Philbrook estaba en su lancha, enseñando a sus alumnos. Y Freeman bajó a tierra, y, sin duda, a juzgar por las huellas que había en la playa, fue directo hacia las rocas. Allá debía estar la chica rubia, si juzgamos también por las huellas. Ahora, preguntémonos por qué Freeman dejó de vigilar la lancha en la que estaba Grant Philbrook para saltar a tierra, para ir a dónde estaba la muchacha rubia. ¿Qué opina usted, Cosgrove? Freeman era uno de sus hombres, debía conocerlo bien… ¿O no? ¿Cree que saltó a tierra por capricho?

—Desde luego que no —gruñó Cosgrove.

—Entonces, y puesto que le costó la vida, debemos considerar que vio algo que relacionó con el asunto que le ocupaba Ese algo, tenía que ser la muchacha. Pero…, ¿por qué? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Se lo preguntaremos cuando la encontremos.

—Espléndido. Pero antes, hay que buscarla, ¿no? Si nos damos por… desorientados, esa chica permanecerá en su puesto, sea cual sea, y también nuestros cuatro hombres. Si ahora vamos a detenerlos a ellos, podemos despedimos de encontrar a la muchacha, que nadie excepto el viejo Samish ha visto.

—Ellos nos dirían quién es y dónde está esa muchacha rubia.

—¿Sí? ¿Y si no la conocen, Cosgrove?

—Pero si estamos diciendo que todo forma parte del mismo asunto…

—Oh, vamos, vamos… —Frunció el ceño Clarence.

—¿Está… sugiriendo que esa chica no conoce a nuestros cuatro hombres, ni ellos a ella? ¿Cómo se iban a relacionar entonces?

—Los cuatro hombres están bien vigilados y, evidentemente, no se les ha visto en todo este tiempo con una mujer, ni con nadie sospechoso. Sin embargo, Cosgrove, está claro que el tal Giles Thompson no ha venido a Estados Unidos, y tan cerca de Washington, para servir
Coca-Cola
y bocadillos. Está tramando algo. Mientras han sido ellos cuatro los elementos que podíamos vigilar, sus… actividades no han sido detectadas por nosotros. Sin embargo, lógicamente, a algo se están dedicando. Y hoy, uno de nuestros compañeros ha sido asesinado en una playa cuando estaba vigilando al instructor navegante Grant Philbrook. Ha sido asesinado por una muchacha rubia que estaba en aquella playa bastante cerca de la lancha-escuela donde se hallaba Grant Philbrook, enseñando a sus alumnos señales de comunicación con los brazos… ¿Prosigo?

Cosgrove volvió a parpadear. De pronto, en una fracción de segundo, comprendió por qué Clarence Hadaway con sus treinta y siete años, había sido seleccionado como jefe absoluto del servicio de contraespionaje del FBI por el propio Hoover.

—¿Cree… que esa chica estaba en la playa… recibiendo algún mensaje que Gran Philbrook le enviaba desde la lancha… por medio de señales con los brazos… a estilo marinero?

—¿Le parece descabellado? Esos cuatro hombres tienen que estar tramando algo, inevitablemente. Pero no tienen radios de bolsillo, ni emisora de ninguna clase, ni se relacionan con nadie que haya merecido la atención especial del FBI, incluso después de que algunas de las personas que han estado cerca de ellos han sido investigadas. Pero cada miércoles, esos cuatro hombres se reúnen en el *bungalow* de uno de ellos, para jugar al póquer, charlar, cenar, un poco en la playa… Obviamente, esas reuniones tienen además otro significado; estudian algo, preparan algo, deciden algo… Luego, tienen que comunicárselo a alguien, repartir instrucciones, o

recibirlas… ¿Por qué no puede hacerse esto por medio de señales con los brazos, a estilo marinero?

—Bien… Es muy posible, desde luego. Sí… Esa chica podía estar en la playa, quizá con unos prismáticos, anotando los mensajes que el tal Grant Philbrook podía enviarle. Precisamente, hoy es jueves, de modo que ayer tuvieron los cuatro la última reunión… Philbrook quizá estaba enviando el mensaje con los brazos hacia la costa; Stuart Freeman fue allá, vio a la chica…, se descuidó y ella lo mató.

—Eso es más que posible, Cosgrove. Tiene que ser algo así. De modo que tenemos que encontrar a esa chica, cosa que quizá jamás consiguiésemos si fuésemos a detener a nuestros cuatro… amigos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musitó Cosgrove—. Buscaremos a la chica. Si esta teoría es cierta, ella debe enviar o llevar los mensajes de Grant Philbrook a otra u otras personas…

—Con lo que queda demostrado que aún no tenemos la red lo bastante llena para tirar de ella. Dejaremos en paz por el momento a los cuatro sospechosos, y buscaremos a esa chica. Ahora, convendría saber qué clase de mensaje pudo enviar Grant Philbrook, con movimientos de brazos a estilo marinero, hacia la playa. Dígale a Samish que venga…

—Está dictando al dibujante todo lo que recuerda de la muchacha rubia.

—Ah. Bien, que acabe, desde luego…

Hadaway volvió la cabeza hacia la puerta, que se acababa de abrir. Dos agentes entraron en el despacho de Cosgrove, y uno de ellos dejó sobre la mesa una cajita de plástico transparente, en la que se veían tres pequeñas balas.

—Del 7, señor. Una pistola pequeña. Propia de mujer, desde luego.

Cosgrove se quedó mirando las balas que habían matado al agente del FBI Stuart Freeman.

—¿Han sido cotejadas en Balística, Mike?

—Sí, señor. No hay nada. Pero seguirán intentando…

—No —dijo Hadaway—. No hay que molestarse en ello. Esa mujer rubia no cometería la estupidez de estar utilizando una pistola que pueda ser identificada. Eso pueden hacerlo algunos criminales más o menos torpes. Pero difícilmente lo haría un espía.

Que archiven estas balas simplemente. ¿Ninguna cosa más digna de mención? ¿No pudo Freeman intentar algo, arañar a la mujer, clavar sus uñas en la ropa de ella…?

—No, señor. Sobre eso no hay duda.

—Está bien —musitó Cosgrove—. Llevad esas balas a su destino.

Los dos agentes salieron del despacho y, sin que hubieran cerrado la puerta aún, entraron Tom Samish y otro agente, que llevaba un par de canelones de dibujo. Los tendió a Cosgrove, quien se apresuró a tenderle uno a Hadaway. Luego, se lo cambiaron, de modo que los dos quedaron enterados del aspecto que tenía la chica rubia, según informes del viejo Samish. En uno de los canelones, se veía de cuerpo entero, caminando por la arena, en bikini, arrastrando la toalla, llevando un bolsito muy gracioso en el brazo izquierdo. Cabellos cortos y lacios, cuerpo espléndido y esbelto, armonioso… Muy bonita, sin duda, pero como ella debían haber muchas chicas en cualquier playa. Incluso el rostro, pintado a tamaño natural, les iba a ayudar bien poco, ya que unos grandes lentes de sol ocultaban los ojos. Ni siquiera había dibujada la boca, ya que Tom Samish, a aquella distancia, no había podido verla lo bastante bien.

—Bien —murmuró Hadaway—. Algo es algo. Está bien claro que el personaje más importante ahora es esta jovencita rubia, de modo que nuestros esfuerzos deben ser encaminados a encontrarla. Respecto a eso, tengo ya pensado algo que…

Sonó uno de los teléfonos de la mesa de Cosgrove, y éste, tras una mirada a Hadaway, descolgó el auricular, explicando:

—Es el radioteléfono… ¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo. Adelante.

—…

—Sí.

—…

—Sí… Bien. Magnífico. No, no… Está bien así. Acabad con eso y traed todo el material que podáis reunir. Es todo —colgó el auricular y miró de nuevo a Hadaway—. Los muchachos han encontrado las huellas de un par de neumáticos cerca de aquella playa, y han tomado unos moldes. Parece que las ruedas de atrás dejan señales diferentes… Los neumáticos no son de la misma

marca, evidentemente… Señor Samish —se volvió hacia el simpático pescador—, ¿está seguro de que no vio nada del coche? Cualquier pequeño detalle, un reflejo de color, el sonido del motor, si era deportivo o no…

—Les he dicho todo lo que sé, inspector… Desde mi lancha no pude ver eso. Además, no distingo el motor de un coche… Si hubiera sido de lancha… No pude ver el coche. Vi llegar al hombre, en una lancha pequeña, y dirigirse hacia el grupo de rocas. Ni siquiera sabía que había allí una mujer; además, desde donde yo estaba mirando las señales de brazos no podía verla. Vi al hombre meterse entre las rocas, y luego, vi salir a la chica rubia, alejándose. Creí que se habían encontrado allí, y que él saldría en seguida, pero al poco oí el motor de un auto, eso es todo. Estuve unos minutos mirando las señales que se hacían de una lancha a otra, y decidí marcharme… Al pasar por allí con la lancha, vi a… a su agente metido de cabeza en el agua, con las piernas en las rocas, y comprendí que algo estaba pasando, claro… Al ver que estaba muerto, llamé por el radioteléfono de mi lancha a los guardacostas, que avisaran a la policía. Y cuando el capitán Pilgrim vio la placa del FBI en un bolsillo del hombre, los avisó a ustedes… De verdad, que no sé nada más. ¿Por qué no habría de decirlo?

—Nadie le está acusando de eso, señor Samish —sonrió amablemente Hadaway—. Por el contrario, ya le he dicho que le estamos muy agradecidos. Uno de nuestros agentes lo llevará ahora en coche a Woodland Beach, o hasta su cabaña, si lo prefiere.

—Gracias. Si quiere algo más de mí, estoy a su disposición.

—De nuevo agradecidos. Ah, señor Samish… Entiendo que usted estaba descifrando aquellos mensajes que se cambiaban de lancha a lancha por medio de señales de brazos… ¿Los descifró usted completamente?

—¡Desde luego! Ahora se usa muy poco, ya que hay la radio, la telegrafía, las señales internacionales con banderines… Pero siempre es útil conocer el sistema de señales por brazos. Con ellas empecé yo a aprender… ¡Claro que lo comprendía todo! Y me divertía, de veras. En mis tiempos de…

—¿Qué decían los ocupantes de una lancha a los de la otra… y viceversa, claro?

—Oh, tonterías propias de entrenamientos… «Necesito

combustible», «Maniobre hacia su derecha», «Precisamos un médico», «Hemos tenido avería en los motores»… Cosas así.

—¿Recordaría usted esos mensajes?

—¿Todos? —Se espantó Samish.

—Cuantos más, mejor.

—Pues no. Lo lamento, señor. Oh, vamos, eso es imposible… Casi tanto como recordar las prácticas de letras sin formar palabras.

—¿A qué se refiere?

—Pues a las prácticas de letras sueltas. Así se empieza, para aprender a dominar luego el sistema de señales con los brazos. El instructor va diciendo letras, y el alumno tiene que formarlas con los brazos rápidamente. Es un magnífico entrenamiento.

—Y, claro, recordar esas letras, aún será más difícil.

—¿Difícil? Usted está bromeando, inspector… ¡Es imposible! Si yo le digo a usted: MIRASTAEIOPTMSSOVFIAEMLOSSG…, ¿se acordará usted de esas letras?

—No —sonrió Hadaway, abiertamente—. A menos que esas letras vayan formando palabras. Pero tal como usted lo ha dicho, no es posible que una persona normal las recuerde.

—Le aseguro que yo soy muy normal.

—Sin duda. Adiós, señor Samish. Y de nuevo muchas gracias. Ah, si esa chica volviera a aparecer, cosa que dudo, tendría que avisarnos usted inmediatamente.

—Oh, claro… Lo haría, sí.

Tom Samish y el dibujante de la delegación abandonaron el despacho y los dos inspectores quedaron solos, taciturnos.

CAPÍTULO IV

Un par de horas más tarde, hacia las siete y media, llegaron otros dos agentes, con los moldes de las ruedas traseras del coche que había estado cerca de la playa, casi en línea recta con el lugar donde había sido hallado el cadáver del agente Stuart Freeman. Las dejaron sobre la mesa, a una seña de Cosgrove, y éste y Hadaway las examinaron con gran interés, pero, por supuesto, sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria.

—Habrá que vigilar esos lugares, por si vuelven a ver las huellas éstas —murmuró Cosgrove—. Podría ser…

—Quizá —admitió Hadaway—. El To Be A Sailor Club está cerca relativamente de ese lugar, de modo que quizá pueda ser alguien que, aparentemente, fuese al club y que finalmente se desviara hacia la playa apartada. Quizá sea posible encontrar esas huellas… ¿Tiene usted algún agente que entienda de navegación, Cosgrove?

—Stuart Freeman era el que más entendía. Por eso le envié a él a vigilar a Grant Philbrook, el instructor de ese club.

—¿Entendía él las señales de brazos?

—Sí. Tuvo que repasarlas, desde luego, pero un día le bastó para recordarlas perfectamente.

—¿Anotó Freeman alguna vez los mensajes que se cambiaban entre esas dos lanchas del To Be A Sailor Club?

—No… No se nos ocurrió eso. De todos modos, si se hubiera transmitido algún mensaje importante, no dudo que Stuart lo habría captado. ¿Qué está pensando?

—Pues… me estoy preguntando qué hacía esa chica rubia en la playa, escondida en aquel grupo de rocas. Aparte de estar atenta a un posible mensaje, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Nadar?

—No creo —musitó Cosgrove.

—¿Pescar?

—¿Tomar el sol? Quizá. Pero… ¿por qué ir tan lejos de todo

lugar… confortable?

—Quizá le gustaba la soledad. Sea como sea, ya estamos convencidos de que es una asesina, así que habrá que buscarla. ¿Adónde quiere ir a parar, Hadaway? ¿Qué está pensando?

—¿No tiene ningún otro agente que entienda de cosas de mar? Incluidas esas señales de brazos, desde luego.

—Tengo otro. Estuvo a punto de ir él, pero hacía poco que se había repuesto de un balazo y decidí enviar a Stuart. Me estoy refiriendo a
D. D. D.

—¿Quién?

—Dagobert Delano Damon. O sea,
D. D. D.,
como le llaman sus compañeros Aunque algunos le hacen la broma de llamarlo
D. D. T.
Cosa que no es descabellada, pues Dag es… muy drástico Digamos que tiene un genio pésimo. No es lo que suele llamarse «un muchacho simpático», precisamente. Si a ese mal carácter, le añade usted el ingrediente de que han asesinado a uno de sus mejores amigos, yo creo que
D. D. D.
puede muy bien convertirse en un exterminador
D. D. T.

—¿Me está diciendo que es impetuoso, violento…?

—¡No, no! ¡De ninguna manera! Es frío como el hielo, y…

—Ése es el hombre que necesitamos, Cosgrove. Llámelo. Él y nosotros tenemos mucho que hablar durante esta noche.

—¿Lo llamo ahora mismo?

—Por supuesto. Estoy deseando conocer a su antipático agente
D. D. D.
Y esperemos que sea el hombre que necesitamos.

CAPÍTULO V

Rosalind Lovinson quedó estupefacta al verlo. Más aún: quedó absolutamente turulata.

¿Era posible que existiese un hombre así? Seis pies y dos pulgadas, anchísimo de hombros, cintura brevísima, rostro que parecía de piedra, barbilla agresiva, cabellos tirando a rojo, el rostro lleno de pecas y, sobre todo, aquellos ojos de un gris extraordinario, que parecían llenos de chispitas doradas. Apuesto, formidable con sus pantalones blancos, su zamarra azul, pañuelo al cuello… Era tan tan tan absolutamente impresionante y viril que, por fin, Rosalind parpadeó con fuerza, lentamente. Y a cada parpadeo esperaba que aquel ejemplar masculino desapareciese…

Pero no. No desaparecía. Y así, tras varios parpadeos, la rubia Rosalind se convenció de que, en efecto, tal hombre existía, era de carne y hueso… ¡Y estaba allí, allí mismo, muy cerca de ella, caminando hacia el embarcadero…, directo hacia ella! Santo Dios…, ¡hasta era pasible que fuese a hablarle, que le dijese algo precisamente a ella! Y así, de pronto, en unos segundos, la vida de Rosalind Lovinson experimentó un tremendo cambio. Aunque el día era luminoso, y el cielo mostraba un azul maravilloso, y el mar estaba tranquilo y transparente, y todo producía una gran alegría de vivir, Rosalind no se había percatado de ello hasta entonces. Por el contrario, el día le había parecido uno más, el sol como siempre, el mar idéntico a los demás días… Ah, pero no, no… ¡No! ¡Nada era igual a las demás veces, a los demás días! Hasta las gaviotas se veían más bonitas, allá arriba algunas, otras en la playa cercana… Sus agudos chillidos eran ahora armoniosos…

El tedio, la tristeza fruto del aburrimiento, la profunda soledad, fueron aniquiladas en el alma de Rosalind Lovinson, por la aparición del gigante casi pelirrojo y de extraordinarios ojos grises con chispitas doradas.

Sólo que aquella profunda alegría se resquebrajó considerablemente cuando el hombre pasó junto a ella sin mirarla; es más, pasó hacia el borde del embarcadero sin verla siquiera, como si ella no estuviese allí, sentada en uno de los pilones… Exactamente eso fue: como si ella, aquella rubia muchacha voluntariosa, piernas sensacionales y con un conjunto precioso de *shorts* blancos y rojo jersey de hilo escotadísimo, no estuviese allí, no existiera. A lo peor, era ciego. La mayoría de los hombres por no decir todos, desorbitaban los ojos al verla, y, en el acto, pasaban al asedio de tan hermosa fortaleza, siempre buscando… lo normal. ¡La mayoría de los hombres tenían tan poca calidad! Pero aquél quizá era ciego. ¡Para no reparar en ella…!

Mas no debía ser ciego, porque, desde el borde del embarcadero del To Be A Sailor Club miraba a todos lados, vuelto de espalda a Rosalind. Oh, era definitivamente impresionante… ¡Impresionantísimo! Tan serio, con aquella cara de pocos amigos… O de ninguno. Bien mirado, era un poco feo. Pero de esos feos que hacen saltar el corazón de las mujeres… ¡Impresionantísimo!

El hombre pareció que no encontró lo que buscaba con la mirada y se volvió, quedando frente a Rosalind, a menos de cuatro yardas. Miraba hacia el edificio del club…

—¿Me busca a mí? —sonrió Rosalind.

Y sonrió como ella sabía hacerlo cuando quería. No de aquel modo que sonreía a los tipos moscones y bobos, sino de aquel modo tan especial. Tan tan especial, que, en realidad, Rosalind Lovinson nunca antes había sonreído así. Por fuerza, su sonrisa tenía que causar una tremenda impresión al hombre. Seguro.

—¿Es usted una lancha? —Gruñó él, mirándola de un modo penetrante, hosco.

Rosalind quedó como fulminada por un rayo.

—¿Có-mo…? ¡U-na… una…! ¡Claro que no!

—Entonces, no la busco a usted.

—Ah…

De nuevo turulata, sonrojada, Rosalind se quedó sin saber qué más decir, o qué hacer. El hombre se acercó al pilón vecino, y se acomodó lo mejor que pudo allí. Sacó un paquete de cigarrillos, miró a Rosalind, vaciló, y por fin encendió uno para sí mismo. Luego, quedó con la mirada fija en el mar, hoscamente, casi hostil.

Poco a poco, Rosalind se fue recuperando. De pronto, volvió a sonreír, saltó del pilón, y comenzó a moverse, exactamente igual que lo hacen las chicas
«go-go»
en su jaula del *dancing,* mientras sus bonitos labios emitían unos sonidos o chasquidos muy «in».

—Ta… Ta, ta… Ta, ta, ta… —Miró al hombre, que la contemplaba atónito, y sin dejar de moverse, preguntó—: ¿Le gusta bailar?

—Bailar, sí —replicó él—. Pero ya soy mayorcito para eso. Y usted también.

—¿Yo? —gimió Rosalind.

—No me diga que tiene quince años. Si acaso, el doble. ¿No?

¡Patapúm! De nuevo creyó Rosalind que la había fulminado un rayo Porque, efectivamente, tenía veintinueve años. Sólo que, lo sabía muy bien, no aparentaba ni uno más de veinticuatro. Volvió a sentarse en el pilón, mortificada… ¡Que se fuese al demonio aquel antipático! Al parecer, no estaba de buen humor. Cosa sorprendente, porque ella sabía que era capaz de hacer sonreír a la estatua de Abraham Lincoln…, por ejemplo.

Durante un par de minutos, los dos permanecieron silenciosos. Ella lo miraba de reojo a él, y él miraba el mar, las gaviotas…

—¿Me invitaría a un *gin*? —preguntó de pronto Rosalind.

El hombre volvió la cabeza, la miró de arriba a abajo, y soltó un bufido.

—Son las nueve de la mañana, señorita —replicó ásperamente —. No sé qué clase de vida lleva usted, pero yo no bebo licores hasta las cinco o las seis de la tarde.

—¿Tiene usted una úlcera? —sonrió ella.

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Vaya…! ¡No es usted muy amable!

—¿Por qué habría de serlo?

Rosalind abrió la boca… La cerró y se quedó así. Aquel hombre debía estar de mal humor, ciertamente. O quizá se las quería dar de indiferente. Ella sabía muy bien que si fuese otro cualquiera, lo habría aceptado todo, empezando por la conversación. A fin de cuentas, a los hombres les gustan las chicas alegres, divertidas. Bueno, lo mejor era dejar estar al sujeto impresionante, hasta que se

le pasara el mal humor. Pero una cosa era segura; cuando por fin había encontrado un hombre auténticamente interesante, no permitiría…

¡Moc! ¡Mooooccc-moc-moooccc!

El sonido del claxon la sobresaltó. Se volvió hacia la explanada del aparcamiento y vio el gran coche «Dodge» que llegaba lanzado a toda velocidad. Unas cuantas manos salían por las ventanillas, en amistoso saludo…, pero desaparecieron en el interior del auto cuando éste se detuvo en seco, con un tremendo frenazo. Algún día, aquellos locos se iban a matar, seguro. Miró de reojo al antipático sujeto, que había vuelto la cabeza, y miraba, ¡cómo no!, hostilmente a los muchachos que estaban saliendo del coche, llamándola, agitando los brazos.

—¡Rosalind! ¡Hey! ¡Ven! ¡Vamos a tomar algo al bar!

Rosalind dirigió una última mirada al antipático personaje, y se alejó del embarcadero. Tenía la impresión de llevar clavada en la nuca la mirada de aquel hombre, pero cuando llegó junto a su grupo de amigos y amigas, y se volvió para mirarlo, él estaba de nuevo contemplando el mar. Con lo cual, por primera vez en su vida, Rosalind se sintió desdichada por culpa de un hombre. Era muy raro lo que le ocurría… Muy raro, sí. Diríase que aquel hombre había conseguido…

—¡Bobby tiene un chiste tremendo! —rió una de sus amigas—. ¡Cuéntalo, Bobby! ¡Te vas a partir de risa, Rosalind! ¡Vamos, Bobby, cuéntalo!

—Pues verás. Va un tiburón por…

Los demás empezaron a reír, recordando el chiste. Bobby lo estaba contando, pero Rosalind no le escuchaba. Estaba mirando hacia el hombre antipático Aunque quizá no fuese antipático, sino que ella era poco… graciosa. Jamás le había importado esto demasiado, pero ahora… Nunca había hecho el menor esfuerzo para agradar a un hombre, ni había sentido interés por ello. Debía haber algún modo, sin embargo. Un modo especial, ya que a aquel hombre no le bastaba verla para sentirse inclinado hacia ella. Precisamente aquel hombre que tan viril parecía, y que le hacía sentir…

Las risotadas le advirtieron de que el chiste había terminado y ella se echó a reír también, lo mejor que pudo. Luego, todos se

dirigieron al bar; faltaban aún algunos minutos para que comenzase la clase de navegación.

CAPÍTULO VI

Pocos minutos más tarde, el hombre vio acercarse la lancha de tamaño mediano empujada por un hombre cuya fotografía conocía muy bien. Aunque era la primera vez que lo veía personalmente, sabía que su nombre era Grant Philbrook. Estuvo esperando a que la lancha quedase amarrada al embarcadero, y el tal Philbrook saltase a éste. Había varios alumnos esperando ya desde hacía algunos minutos y, desde el edificio del club llegaba el grupo de alegres jóvenes… incluida aquella preciosa muchacha rubia, que fue precisamente la que atrajo la atención de Grant Philbrook, el instructor del To Be A Sailor Club.

—Ah, señorita Lovinson —la saludó amablemente—. ¿Está mejor?

—Sí, gracias, señor Philbrook… —musitó Rosalind, mirando de reojo al antipático—. No fue nada.

—La echamos de menos ayer, se lo aseguro.

La mirada del hombre antipático se desvió vivamente hacia la muchacha, y por un instante, los extraordinarios ojos grises quedaron entornados, ocultos tras los párpados. Sólo un instante.

—Muy amable, señor Philbrook. Pero ya ve que no fue nada… Aquí estoy, dispuesta a aprender más que nadie.

Hubo algunas risitas. El hombre antipático se acercó al instructor.

—Señor Philbrook, me han enviado a usted desde las oficinas del club. Mi nombre es Dagobert Damon.

—Ah, sí, señor Damon… Usted es el nuevo alumno. Me han avisado al astillero de que vendría usted con nosotros. Perdone si no le parezco puntual, pero he tenido que revisar la «Pompano» —señaló la lancha—. Normalmente soy puntual. ¿Ha navegado usted alguna vez?

—Bueno… Navegar, sí he navegado, peno jamás he tenido que

gobernar yo el barco. Quiero decir…

—Lo entiendo, lo entiendo… En este club aprenderá usted en pocas semanas a ser un excelente navegante. Y no sólo de lanchas, se lo aseguro. Suelo dar explicaciones generales, pero cualquier aclaración que precise, se la haré con gusto… En realidad, gobernar una lancha es sencillo. Son otros conocimientos los que se adquieren aquí: manejo de la brújula, el sextante, las señales, códigos, radio… Cosas así.

—Espléndido. Tengo tres semanas solamente de vacaciones… ¿Cree que serán suficientes?

—Normalmente, sí. Depende de la clase de alumno que sea usted. Bien —señaló hacia otro punto del embarcadero—. La «Dyana» está saliendo ya, damas y caballeros. ¿Tienen la bondad de pasar a bordo?

—¿Ya? —exclamó Dagobert Damon.

—Pues sí —parpadeó Philbrook—. ¿No le va bien?

—Bueno… Tengo mi cámara en el coche. Había pensado tomar unas cuantas fotografías…

—Oh, muy bien. Vaya a buscarla, señor Damon. Le esperamos ya a bordo. Le presentaré a sus compañeros en plena navegación.

—Gracias. Vuelvo en seguida.

Se alejó rápidamente hacia el aparcamiento del club. Entró en su coche, tomó del asiento la gran cámara fotográfica y, sonriendo secamente, sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo superior de su chaquetón; apretó por abajo y se acercó el paquete de cigarrillos a la boca.

—¿Fred?

—Dime, Dag —brotó una voz masculina del paquete de cigarrillos.

—Voy a salir ya, en la «Pompano», con Grant Philbrook. Oye una cosa, hay una chica alta, preciosa, rubia, con unos maravillosos ojos color café, que se llama Rosalind Lovinson, según entiendo. Parece una estúpida, pero eso también podemos parecerlo nosotros.

—¿Crees que ella pudo ser la rubia de…?

—Sería demasiada suerte, pero ayer, ella no asistió a la clase de navegación de aquí del club. ¿Qué opinas de eso? Dijo que estaba indispuesta.

—Si no estuvo en la lancha del club, quizá estuvo en la playa

donde mataron a Stuart.

—No nos precipitemos. Escucha, quiero que vayáis a buscar a ese viejo pescador, el tal Tom Samish. Enviadlo aquí, al club, y que se dedique a fisgonear por aquí, por si ve a esa muchacha rubia asesina. Es posible que pertenezca al club, o sea visitante. Pero, sobre todo, que Samish esté en el embarcadero cuando regresemos; quiero que mire bien a esa Rosalind Lovinson, por si puede identificarla. Pero nada de acercaros ninguno de vosotros, ¿está claro?

—Tranquilo. El inspector Hadaway nos dijo muy claramente a todos anoche lo que debíamos hacer. Ocúpate de ti, Dag; si ese Philbrook llega a sospechar que perteneces al FBI, las cosas podrían complicarse mucho.

—Para él —dijo secamente Dag Damon—. Es todo, Fred. Ah, una cosa más… Decidle a Tom Samish que después de que haya visto a la tal Rosalind Lovinson, vaya al astillero del club. Presumo que es un taller de reparaciones, calafateado y cosas así, de modo que no habrá nadie a la hora del almuerzo. Podremos vernos allí y me dirá qué opina de la rubia y preciosa Rosalind Lovinson. ¿Okay?

—Vale, Dag.

—Adiós.

Volvió a apretar el fondo del paquete de cigarrillos se lo guardó en el bolsillo, salió del coche, colgándose la cámara fotográfica del cuello. Una cámara grande, completa, de gran calidad. Incluso demasiado grande.

Poco después saltaba a la lancha «Pompano» y Grant Philbrook, a los mandos, la sacaba del embarcadero, hacía mar abierto detrás de la «Dyana», que se iba empequeñeciendo en la distancia. Pocos minutos después la habían dado alcance y entonces Philbrook dejó los mandos a cargo de uno de sus alumnos. Se dedicó a presentarlos a todos a Dagobert Damon, que fue estrechando las manos, sonriendo. Todos eran más jóvenes que él, y lo miraban con sonriente curiosidad…

—Vaya —comentó Rosalind—. Creí que usted no sabía sonreír, señor Damon.

Dag carraspeó, y continuó estrechando manos. Poco después, cuando, detenidas las dos lanchas, los alumnos se dedicaban a obtener datos por medio del sextante, Dag Damon se acercó a

Rosalind.

—Señorita Lovinson…

—¿Sí?

—Mmm… Temo que fui… incluso grosero con usted…

Ella parpadeó.

—En efecto. Pero supongo que lo hizo porque no le gustan las chicas… divertidas.

—Oh, no, no… Se equivoca. Me encantan, de veras.

—¿Le parezco encantadora… ahora?

—Bueno… Ahora y antes, ésa es la verdad.

—¿Por qué fue tan descortés, entonces?

—Estaba de mal humor… Ya sé que eso no es una explicación, desde luego. Pero opino que a todos se nos puede perdonar que alguna vez seamos… tan imbéciles.

—Está perdonado, señor Damon —susurró ella.

—Se lo agradezco profundamente. Respecto al *gin* que no quise invitarla… Bien, quizá encontraríamos un momento para… enmendar ese tonto fallo mío. La verdad es que me encantaría charlar un rato con una chica tan alegre y divertida como usted. ¿Le parece que nos veamos en el bar del club cuando volvamos? Podríamos almorzar juntos.

—Me gustaría, peno tengo que volver a Woodland Beach. No puedo desatender mi trabajo todo el día.

—Ah… ¿Trabaja usted?

—Cuando no me divierto —rió ella.

—Claro… Entiendo. Bien, no quiero perturbarla en su trabajo, desde luego. Quizá mañana tenga usted menos prisa. O podríamos vernos en Wooland Beach esta tarde… ¿Qué le parece?

—La idea no es mala.

Dag volvió a sonreír. Sacó un verdadero paquete de cigarrillos y ofreció uno a la muchacha. Encendió los dos y se quedó mirándola amablemente.

—¿Quedamos de acuerdo, entonces? —murmuró.

—¿Me llevaría a bailar?

—¿Por qué no?

—Oh, estupendo —comenzó a hacer la chica
go-go,
agitándose graciosamente, pero de modo exagerado—. Ta… Ta-ta-

ta… Ta, ta, ta… ¡Oh! ¡Ooohhh!

El primer ¡oh!, fue porque, al moverse, dio con uno de sus codos en una mano de Dag Damon, precisamente la que sostenía el cigarrillo; con el golpe, el cigarrillo fue a dar, precisamente por el extremo de la brasa, en una mejilla de Damon, que respingó y, justo cuando se inclinaba un poco en un gesto instintivo de protección contra el relativo dolor de la pequeña quemadura, el otro codo de Rosalind le dio en plena nariz.

Hubo algunas risitas entre los demás aprendices de navegante, y Rosalind, intensamente sonrojada, se quedó mirando a Damon, que con una mano en la nariz y otra en la mejilla, estaba mirando fijamente a la muchacha, con expresión impávida.

—Lo… lo siento, señor Damon… ¡Lo siento tanto!

Se inclinó, recogió el cigarrillo de él, y se lo tendió, un poco encogida, como si temiese una reacción violenta por parte de tan apuesto y viril caballero.

—De… de veras que lo siento…

—No importa —sonrió él, de pronto—. Esto le pasa a cualquiera, señorita Lovinson.

—Pe… pero… lo… lo he quemado…

—No tiene importancia.

Philbrook se acercó a los dos, sonriendo.

—En la cabina hay un pequeño botiquín, y me parece recordar que vi un tubo de pomada para quemaduras, señor Damon.

—No es nada…

—¡Oh, sí! —exclamó Rosalind—. Yo le pondré esa pomada… ¡Por favor, no me rechace, señor Damon! ¡Yo he sido la culpable y…!

—Está bien, está bien… Vamos a por esa pomada…

Fueron hacia la puertecilla de doble batiente con muelles, y Dag apartó una de las hojas de madera dejando pasar a la muchacha. Se inclinó, dio un paso hacia ella… y la portezuela, que no fue retenida por Rosalind Lovinson, golpeó de lleno en la ya maltratada nariz de Damon que lanzó un respingo, y se incorporó. Las dos puertas quedaron cerradas, moviéndose bajo la fuerza de los muelles. Pero se separaron en seguida, y el rostro de Rosalind apareció entre ellas, sonrojado de nuevo.

—Se… señor Damon…

—No es nada —sonrió él, quitándose las manos de la nariz—. No es nada de veras.

Miró a su alrededor, aceptando con deportiva sonrisa la hilaridad de los demás. Luego, con gran cuidado, empujó ambas portezuelas, y cuando Rosalind hubo retrocedido, entró. Era una cabina bastante espaciosa. A la derecha había tres literas montadas, y a la izquierda un sillón alargado, estrecho, y algunas sillas de mimbre. En un rincón, un pequeño fogón. Hacía un día espléndido, y allí dentro, con el rumor del mar contra el casco de la lancha, el ambiente tenía un cierto tono romántico. Rosalind, aún sonrojada, señaló el botiquín, que estaba clavado en un panel.

—Ahí está… Buscaré la pomada…

—Muchas gracias.

La muchacha fue allá, abrió el botiquín, buscó el tubo de pomada contra quemaduras, lo abrió, se puso en la yema del dedo índice una exagerada cantidad, y se volvió, alzando el dedo.

—Señor Damon, ya tengo… ¡Oh! Dios mío…

Dag Damon había estado tras ella, esperando en silencio. Y al volverse la muchacha, su dedo, lleno de pomada, fue a dar justa precisa y exactamente… en la nariz del
G-man,
dejando allí toda la pomada. Toda.

—Se… señor Damon, yo… yo… yo…

Siempre impávido, Dag se pasó uno de sus dedos por la nariz, retirando la pomada, que se aplicó lentamente donde tenía la quemadura del cigarrillo.

—No es nada —sonrió con gran valor—. No es nada, señorita Lovinson. Ya está arreglado. ¿Arreglamos también nuestra cita? ¿Qué hora le parece buena para pasar a buscarla?

—Oh, podríamos… encontrarnos…

—¡De ninguna manera! Pasaré en mi coche a recogerla. ¿A las seis le va bien?

—Sí… Sí, sí, a… a las seis…

—¿Cuál es su dirección en Woodland Beach?

—El 24 de… de la Segunda Avenida.

—Muy bien. Dígame, ¿tiene usted coche?

—Oh, sí, ¿por qué?

—Porque en caso contrario la habría llevado a Woodland desde

el club al volver esta mañana.

—No… No es necesario. Gracias, señor Damon.

—No hay de qué. ¿Vive sola?

—Sí.

—¿En un apartamento?

—No, no. Es una casita con jardín… Sí, con jardín… Es una casita independiente. Hace tiempo que dejé el apartamento, y compré la casa. Y vivo sola, sí. Soy… una solterona.

—Querrá decir una solterita —sonrió Dag.

—Oh, no… Usted casi adivinó mi edad esta mañana. Tengo… veintinueve años…

—¡Imposible!

—Señor Damon, es… es usted tan amable ahora…

—Es lógico. Me encantan las chicas como usted, tan movidas, tan alegres, tan independientes… ¿Cómo era eso…? Ta… Ta-ta-ta… Bueno, será mejor que subamos a cubierta, no vayan a pensar cosas raras. ¡Tendremos mucho tiempo esta tarde para bailar y divertirnos, sin fisgones a nuestro alrededor!

CAPÍTULO VII

Poco después de las doce, las dos lanchas regresaron al embarcadero del club. La carrera de vuelta la ganó la «Pompano», dejando a la «Dyana» no menos de trescientos pies atrás; lo cual fue motivo de gran alborozo para los ocupantes de la primera.

Desembarcaron todos muy contentos por este pequeño triunfo, y Dag Damon, que había ayudado a Rosalind a saltar al embarcadero, cerró los ojos, sobrecogido, cuando la muchacha, riendo, excitada, se volvía de cara al aparcamiento, nuevamente en su papel de chica go-go,
agitando las caderas de un modo en verdad gracioso, y lanzando grititos:

—¡Ta… Ta-cha-cha-ta… ta-ta-ta…! ¡Oh!

Muy graciosa, sí. Pero muy torpe. Cuando Dag Damon abrió los ojos, el botones del club continuaba sentado en el suelo, mirando con expresión alarmada a Rosalind, que lo había derribado con un golpe de cadera, sencillamente.

—¡Duro con él, Rosalind! —gritó una de sus amigas.

Los demás se echaron a reír, y una vez más, Rosalind enrojeció. Era fabulosa su facilidad para sonrojarse. Desde luego, si era un truco, lo tenía muy bien aprendido. Quedaba roja hasta el máximo, con los ojos muy abiertos, la boquita crispada en un dulce gesto de grandiosa consternación.

El llamado Bobby, que era sin duda el más tonto y el más «gracioso» del grupo, ayudó al botones a ponerse en pie y, acto seguido, lo apartó de la posible trayectoria de Rosalind, exclamando.

—¡Cuidado, chico! ¡Que tú no entiendes de estos bailes!

—¡Estúpido! —apostrofó Rosalind.

Y echó a correr hacia el aparcamiento. Dag Damon estuvo a punto de salir a toda prisa tras ella, pero algo le retuvo; algo que

merecía su interés mucho más, por el momento. El botones se acercó a Grant Philbrook y le entregó un sobre que había conservado en su mano a pesar del batacazo.

—Para usted, señor Philbrook.

—Gracias, Leslie. Luego te veré.

—Sí, señor.

Los alumnos se dirigían hacia el aparcamiento riendo todavía. Dag Damon se detuvo junto a una palmera, apoyándose en ella con un hombro, simulando atarse una de las blancas zapatillas, mientras miraba de reojo a Philbrook, que, tras sacar el papel que contenía el sobre, había empalidecido, y lo miraba con expresión inquieta y preocupadísimo. Poco después pasaba junto a él directo al edificio del club. Damon miró a su alrededor, pero no vio señales de la presencia de Tom Samish. No le conocía, pero se lo habían descrito con tal perfección que lo habría identificado en el acto. Durante unos segundos, estuvo vacilando, con el ceño fruncido. Por fin, abandonó el embarcadero y se fue directo detrás de Grant Philbrook, hacia el club. Lo vio entrar en el bar, y tras una nueva vacilación, hizo lo mismo. El viejo Samish tendría que esperar.

Cuando entró en el bar, Philbrook estaba sentado en uno de los taburetes del mostrador. Parecía en verdad muy pensativo, y, sobre todo, preocupado. Dag se sentó a una mesa de un rincón, quedando oculto tras una palmera enana, y esperó pacientemente a que el instructor de navegación terminase su Martini con aceitunas. Luego lo vio salir, y ya sin vacilar se lanzó tras él, como quien está de simple paseo por este mundo.

Grant Philbrook se dirigió directamente a la playa libre, fuera de la propiedad del To Be A Sailor Club. Recorrió no menos de trescientas yardas antes de sentarse con la espalda apoyada en el tronco de una palmera, después de mirar a su alrededor, como quien quiere asegurarse de que nadie le ve. Y debió quedar seguro, porque Dag supo ocultarse a la perfección detrás de dos palmeras que crecían juntas. Desde allí, estuvo observando a Philbrook durante no menos de veinte minutos, sin perder un solo detalle de sus maniobras. Grant Philbrook tenía en una mano la carta o mensaje que había recibido. En una rodilla apoyaba un pequeño block, que sujetaba con la misma mano con que sostenía el bolígrafo. Y durante aquellos veinte minutos estuvo mirando el

papel que había recibido y tomando notas en una hoja de block. Por fin, rompió el mensaje recibido en diminutos fragmentos, y los dejó al ligero airecillo, que los lanzó suavemente contra unas matas Luego, estuvo contemplando las notas que había tomado en el bolck. Arrancó aquella hoja, le prendió fuego con la llama de su encendedor, y con la llama del papel, encendió un cigarrillo. Esperó a que el papel se consumiera, estrujó las cenizas y se fue, camino del embarcadero, según parecía.

Apenas se hubo alejado lo suficiente, Dag Damon salió de su escondrijo, corriendo hacia las matas, donde habían quedado los diminutos fragmentos del mensaje recibido por Philbrook. Con una paciencia prodigiosa, se dedicó a recogerlos, uno a uno, y los fue guardando en el bolsillo del chaquetón, sin descuidar la vigilancia. Invirtió en ello no menos de cinco minutos, y otros dos o tres en asegurarse de que el viento no se había llevado ni siquiera un fragmento de papel. Con todo esto ya en un bolsillo, Dag Damon decidió que había llegado el momento de llegarse al astillero o taller del club que no estaba muy lejos de allí.

Era un edificio chato, de dimensiones discretas, y estaba pintado de blanco, ubicado entre unas cuantas palmeras. Desde la puerta se veía perfectamente el embarcadero, y el edificio del club. Eran ya más de las doce y media, y su esperanza de que nadie hubiese allí, se vio cumplida.

Entró lentamente, dirigiendo penetrantes miradas a todos lados. Había una penumbra agradable y fresca allí dentro, y los rayos del sol que entraban por los ventanales parecían tener polvo de oro flotando en ellos.

—Samish… —llamó suavemente—. Tom Samish… ¿Está aquí?

Silencio. Solamente se ola el rumor del mar, muy cerca. Y, de cuando en cuando, el chillido de una gaviota. A la izquierda faltaba un trozo de pared y de piso, dejando una amplia abertura hacia la playa, con un deslizadero. Había poleas también, y era fácil comprender que por allí izaban las lanchas, y las volvían a botar una vez reparadas. Se asomó allí, pero no vio nada. Solamente el mar, muy calmado, limpio, transparente.

—¿Samish? —insistió.

Silencio.

Había tres grandes lanchas, colocadas sobre soportes. Una de

ellas tenía un gran boquete astillado en la proa; debía haber golpeado contra unas rocas. La otra tenía la quilla y la panza de flotación recién pintada. Había maderos por todos lados, grandes láminas de plástico, mástiles, velas…

—¿Samish?

Solamente el rumor del mar. Pasó detrás de la tercera lancha, y se detuvo en seco, por fuerza. Sus pies habían tropezado con algo. Miró al suelo, todavía luchando por conservar el equilibrio, y entonces vio a Tom Samish. Seguro que era él. La edad, la barbita, la indumentaria… Se lo habían descrito muy bien, de modo inconfundible.

Aquél tenía que haber sido Tom Samish.

Puso una rodilla en tierra y se quedó mirando profundamente consternado, las dos oscuras manchas que había en el jersey del viejo lobo de mar, ya secas, sobre el corazón. Luego, miró los abiertos ojos de Samish… Muy abiertos. Enormemente abiertos, en una expresión de… de gran asombro. De infinito asombro. ¿Por qué tanto asombro? ¿Por morir? Bien estaba el miedo, el pánico, el espanto. Pero…, ¿por qué el asombro?

Ni siquiera lo tocó. Sabía muy bien cuando un hombre había muerto. Lo sabía perfectamente.

Impresionado, sombrío, el agente del FBI Dagobert Damon se pasó mía mano por la boca, lentamente. No debía hacer ni media hora que Tom Samish había muerto. Desde luego, no lo había matado Grant Philbrook, eso era seguro. Pensó en Rosalind Lovinson… No, no la había visto marchar. Solamente dirigirse hacia el aparcamiento. Luego, él había seguido a Philbrook… y no sabía qué había podido hacer Rosalind mientras tanto. Quizá se había marchado en seguida. Quizá no. Pero el
G-man
tuvo la certidumbre de que Tom Samish había sido asesinado por algo que había visto. Algo que al final debió sorprenderlo mucho… No entendía aquello. ¿Por qué sorprenderse tanto si ya había visto algo que podía parecería revelador? Podía ser que…

Oyó de pronto el rumor de la lancha, acercándose, y se irguió bruscamente. Estuvo esperando unos segundos, oyendo cada vez más claramente la lancha, acercándose. El motor se detuvo muy cerca, y, de pronto, Dag Damon comprendió que la lancha estaba

allí, muy cerca de él, en el deslizadero, abajo en la playa… Se puso en pie, y se escondió velozmente detrás de otra lancha, asomando cautelosamente la cabeza. A los pocos segundos vio subir al taller a Grant Philbrook, mirando a todos lados. Todavía estaba pálido. Estuvo unos instantes mirando a todos lados y luego se dirigió directamente hacia donde estaba el cadáver de Tom Samish. Lo estuvo contemplando unos segundos; luego lo tomó de un pie y comenzó a arrastrarlo hacia el deslizadero.

Bien oculto, Dag Damon estuvo tentado de salir de su escondrijo, acercarse a Philbrook, partirle la cabeza, y luego llevarlo a la Delegación del FBI en Baltimore, donde, sin lugar a dudas, le harían decir todo cuanto sabía del asunto. Sólo que… ¿sabía lo suficiente? Un magnífico agente del FBI, un formidable compañero, Stuart Freeman, había sido asesinado de un modo parecido. ¿Valía la pena echarlo todo a rodar sólo por golpear a Philbrook, después de la cautela que habían estado empleando?

La respuesta que Dagobert Delano Damon se dio a sí mismo fue negativa. Y así, permaneció escondido mientras Grant Philbrook se llevaba el cadáver hacia el deslizadero. Lo dejó resbalar por una de las guías, y luego también él desapareció, por los escalones que llevaban al embarcadero inferior. Segundos después, se oía el motor de la «Pompano», alejándose.

Y cuando ya no se oía nada más que el mar y las gaviotas, el agente del FBI recurrió a su radio camuflada en un paquete de cigarrillos.

—¿Fred?

—Hola, Dag. ¿Qué has sacado en limpio con el viejo Samish?

—Lo han matado.

Hubo un par de segundos de silencio antes de que se oyera de nuevo la voz del agente federal Fred Killman.

—¿A Samish? —musitó.

—Sí.

—Dios… ¿Lo has visto? ¿Sabes quién lo ha…?

—No. ¿Estás en el coche, Fred?

—Claro, muy cerca del club, según lo convenido.

—Utiliza la radio del coche para llamar a la lancha que está merodeando por aquí. Diles que Grant Philbrook se ha llevado el cadáver de Tom Samish en la «Pompano». Va a tirarlo al mar, en

cualquier sitio. Quiero que lo localicen, que sepan dónde tira ese cadáver y que, cuando él se haya ido, lo recuperen. ¿Entendido?

—Pasaré ese mensaje.

—Fred, que no se acerquen a él. Solamente lo vigilen de lejos. Cuanto más lejos, mejor.

—Entiendo, entiendo. ¿Qué hay de tu chica, esa rubia preciosa…?

—O es una imbécil total, o está intentando tomarme el pelo. No se puede ser tan absolutamente tonta, Fred, de modo que esa chica está tramando algo.

—¿Crees que ella ha podido matar a Samish?

—No lo sé. Quizá sí. Investigaré eso. Oye, voy a salir hacia Woodland Beach dentro de unos minutos. Espérame en el camino. Tengo algo para entregarte.

—De acuerdo. Hasta ahora. Mientras tanto, llamo a la lancha.

—Okay.

Dag guardó la radio y salió del pequeño astillero-taller, cuidando de no ser visto. Estaba ya cerca del edificio del club, pensando que Grant Philbrook, con la recepción de aquel mensaje le había privado de interesarse por el coche de Rosalind Lovinson, cuando vio salir al botones llamado Leslie. Esto le facilitaba las cosas y, desde luego, todo parecía más natural.

—¡Eh, muchacho! —llamó.

El botones llegó rápidamente ante él, mirándolo con mal disimulada admiración. ¡Vaya gigante!

—Diga, señor.

—¿No te han dejado ninguna nota para mí? Me llamo Dagobert Damon.

—No… No, señor…

—¿Seguro? —Le guiñó un ojo—. Estoy esperando noticias de una morena impresionante, ¿comprendes?

—Comprendo, señor —sonrió el muchacho de oreja a oreja maliciosamente—. Bueno, sí vi una morena por aquí, no hace mucho, pero no dejó nada para usted…

—Vaya… Por lo visto, las chicas prefieren al instructor, al señor Philbrook. A él sí le entregaste una nota, demonios.

—¡Pero no era de ninguna morena! —rió el muchacho.

—Pues de una rubia, entonces…

—No, señor, tampoco. Bueno, no lo sé. La verdad. Encontré la nota en el mostrador del bar, con el nombre del señor Philbrook en el sobre, y se la llevé.

—Hum… Espero que no haya sido mi morena, que me esté traicionando. Escucha, ni una palabra de esto al señor Philbrook, ¿comprendes? No vaya a pensar que tengo celos de él. ¿Okay?

—Okay, señor —volvió a reír el muchacho.

—Y si ves a mi morena por aquí, me avisas. Ahí va eso.

Le tiró una moneda al aire, tan alta, que cuando el muchacho la recogió en la caída, él ya se alejaba hacia su coche. Se volvió, de nuevo le guiñó un ojo al botones y éste, riendo, siguió su camino. Dag llegó junto a su coche, y se quedó mirando la marca de los neumáticos, aceptablemente visible en el suelo, gracias a la ligera capa de polvo. Más allá había abundante césped, pero en aquella zona estaba quemado por tantos y tantos neumáticos… Frunció el ceño, y se alejó unos pasos, encendiendo un cigarrillo, fija la mirada en el suelo. De pronto, quedó como clavado en el suelo, cinco o seis estacionamientos más allá. Durante casi medio minuto estuvo contemplando aquellas marcas de neumáticos, de ruedas traseras, evidentemente, a juzgar por la maniobra que se adivinaba con toda claridad: salida hacia atrás, girando, y luego marcha hacia adelante, alejándose del club. Las señales de los dos neumáticos eran diferentes… Y estaba seguro de que él conocía aquellas señales: las había visto en la Delegación, cuando fue llamado por el inspector Cosgrove y conoció al famosísimo Clarence Hadaway… Sacó su encendedor, vaciló, lo guardó, y se colocó bien ante el pecho la cámara que llevaba colgando del cuello todavía, debidamente orientada, apretó el disparador.

Luego, todavía paseando lentamente, como quien está reflexionando sobre lo que debe hacer, regresó hacia el coche. Esperó unos segundos ante la portezuela, todavía dubitativo antes de entrar. Lo puso en marcha y se alejó.

CAPÍTULO VIII

Apenas cinco minutos más tarde, detenía el coche entre un grupo de palmeras, a la sombra, junto a otro gran auto, del cual se apeó en el acto Fred Killman, dirigiéndose hacia él. Dag también salió del coche, colocó sobre el capó de éste la cámara, y la abrió. Quitó la película, y se la entregó a su compañero. Luego, recogió la cinta magnetofónica del mecanismo especial, y le entregó el carrete también, sustituyéndolo en seguida por otro que le entregó Killman.

—Voy a ir a Woodland Beach y estaré allí toda la tarde —dijo por fin—. De modo que avisa a Max para que me remplace en la vigilancia de Grant Philbrook cuando éste regrese de tirar al mar el cadáver de Tom Samish. No quiero que lo pierda de vista, díselo bien claro.

—Bien.

—¿Avisaste a la lancha?

—Claro. ¿Hay algo interesante en las fotos o la cinta magnetofónica?

—Yo creo que no. En la cinta, conversaciones a bordo del «Pompano». No creo que aporten nada nuevo al asunto. Pero he visto en el estacionamiento del club las huellas de los neumáticos.

—¿Las que tenemos en molde en la Delegación?

—Sí. Estoy seguro, pero las he fotografiado. Ya me dirás algo, una vez hayáis revelado las fotografías… —sonrió secamente—. Veréis fotografiados un alegre grupo de chicas y chicos que saben vivir alegremente la vida. Y conocerás a mi rubia Rosalind. No hace falta indicaciones sobre ella: la reconocerás. Enviad todas las fotografías a los archivos de Washington. No creo que ninguno de esos chicos tenga nada que ver con Philbrook, pero nunca se sabe.

Killman asintió con la cabeza.

—¿No viste el coche? ¿Solamente las marcas de los neumáticos?

—Solamente eso. Ni siquiera pude fijarme dónde tenía el coche

mi rubia Rosalind, ni cómo era, porque le entregaron una nota a Philbrook, lo vi muy impresionado y decidí vigilarlo a él. Es evidente que en la nota le decían que retirase el cadáver del viejo Samish, del taller, así que fue a por la lancha, recogió el cadáver… Todo eso. Pero el mensaje lo recibió en clave, porque estuvo más de un cuarto de hora descifrándolo. Quemó el mensaje descifrado, pero el original lo rompió, simplemente, y lo tiró.

—Tremendo descuido —sonrió Killman—. ¿O no?

—Sí —sonrió de nuevo secamente Dag—; tremendo descuido.

Sacó un rollo de billetes, separó uno de veinte dólares y construyó con él un sobre, en el cual fue depositando, cuidadosamente, los pedacitos de papel que había recogido en aquellas matas. Lo cerró doblando el borde, y lo entregó a Killman, que, para asegurarse de que no se iba a perder ni el más pequeño fragmento, envolvió el sobre hecho con un billete en su pañuelo.

—Te tendré al corriente cuando sepamos algo —dijo Killman—. ¿Qué vas a hacer en Woodland Beach durante toda la tarde?

—Almorzaré, pasearé un poco… Tengo que reflexionar, hacer cálculos de tiempo y cosas así. Luego, a las seis, iré a buscar a mi rubia Rosalind, y nos iremos a bailar…

—Hombre,
D. D. D…

Dag miró hoscamente a su compañero.

—Ella vive en Woodland Beach, en el 24 de la Segunda Avenida. Es una casita independiente. Yo me la llevaré en mi coche, y procuraré volver bastante tarde. De modo que, en cuanto tengáis oportunidad, entrad en esa casita, a ver qué encontráis. Mirad también su coche, y si los neumáticos son los que buscamos.

—Ah… Bueno, me habías sorprendido, realmente. Oye, ten cuidado con esa chica. Si es la que buscamos, ya sabes que mata con la misma facilidad con que otra chica enciende un cigarrillo.

—Lo tengo muy en cuenta. Quizá la lleve a Baltimore. Imagino que no se os ocurrirá llamarme por radio, ni al bolsillo ni al coche, durante toda esta tarde.

—Claro que no, demonios…

—Hay otra cosa; todavía no podemos asegurar que a Samish lo ha matado la misma persona que mató a Stuart. Por eso he pedido que recojan el cadáver. A ver qué dice Balística de las balas que

encontrarán en el pobre viejo. Desde luego, esa chica rubia se ha hecho digna de mis más efusivas salutaciones.

—Si eso lo dijese otro, me asustaría un poco,
D. D. D.
Pero sé que tú harás lo que convenga en todo momento. ¿Algo más?

—No. Voy ahora a mi apartamento alquilado en Woodland Beach. Me cambiaré de ropa y todo eso. Espero estar de vuelta hacia las diez o las once. Hasta entonces, Fred.

—Adiós, Dag. Ten cuidado…

—Te aseguro que estaré muy atento. Mi rubia Rosalind es tan torpe y tonta, al menos aparentemente, hasta podría degollarme, sin querer, con una pajita de beber
Coca-Cola.

—Caray…

—Como lo oyes, hijo, como lo oyes. En fin, iré a buscarla. Todo sea por el FBI…, y por nuestro compañero Stuart. Santo Dios, ya me imagino a esa tonta, con minifalda y escote hasta la cintura, dispuesta a bailar hasta caer reventada.

CAPÍTULO IX

La casita era un encanto, desde luego. De una sola planta, más bien grande, con un cuidado jardín lleno de flores, palmeras y hasta un par de almendros. Blanca, con las persianas verdes y el tejado rojo, parecía una fotografía perfecta y atractiva de las que muestran los vendedores de chalets. A la izquierda, se veía otra construcción, más pequeña, completamente blanca, con una gran puerta en el frente. El garaje. Por un momento, Dag Damon estuvo tentado de entrar allá y echar un vistazo al coche de «su rubia Rosalind», pero se dijo que las precipitaciones nunca traen nada bueno, de modo que fue directo al porche, y pulsó el timbre.

Aunque se preguntó si Rosalind lo oiría, pues dentro de la casa se oía música a toda potencia. Parecía un *soul*, o algo así, y Dag contuvo un suspiro de resignación. Pensó en la Rapsodia Húngara número 2, de Listz, por ejemplo, y ya no pudo evitar el suspiro de pena. En fin… El FBI exigía muchos sacrificios, desde luego. Y al menos, en aquél, no habían balas zumbando alrededor de su cabeza… Aunque quizá podría haberlas pronto.

Estaba alzando la mano para pulsar nuevamente el timbre, cuando la puerta se abrió, y una jovencita quedó en el umbral, mirándolo alegremente con sus extraordinarios ojos color café. Llevaba minifalda de piel, una blusa de colores, catorce o quince collares, botas altas, y, en la frente, un *wampun* indio, una de esas cintas adornadas con perlas falsas y piedras de colores. Demonios… ¿quién sería aquella nena? Rosalind le había dicho que vivía sola…

—¡Es usted muy puntual, señor Damon! —gritó alegremente «aquella nena»—. ¡Son las seis en punto!

Dag Damon estuvo petrificado y mudo durante unos segundos.

—Se… señorita Lovinson, ¿es… usted?

—¿Quién si no? ¡Pase! ¡Tomaremos carburante antes de ponernos en órbita!

—Santo Dios —gimió Dag.

—¿Impresionado? —rió ella—. ¡Como ve, estoy absolutamente dentro de la línea «in»! ¿Qué carburante prefiere? ¿«Hell-*Whisky*»? ¿*Gin*? ¿Vodka?

—Cu… cu… cualquier cosa… Lo que usted prefiera…

—¡Magnífico!

Ella le soltó la mano, por fin, y se fue hacia el mueble-bar. Dag miraba atónito, y casi aterrado, a su alrededor. Aquella música lo iba a dejar sordo de un momento a otro, y Rosalind lo iba a volver loco si continuaba moviéndose de aquel modo desenfrenado… Pero su aniquilamiento iba a ser total si seguía mucho rato allí dentro, contemplando todo «aquello». Las paredes estaban llenas de posters gigantes; los más llamativos de The Beatles, The Animáis, The Mammas and the Pappas, The Monkees… Espantoso. Todo estaba revuelto, lleno de revistas, de flores, de posters de varios tamaños.

—¡Aquí está el carburante! —gritó Rosalind, apareciendo ante él, que había ido girando—. ¡Adentro con él, y… a todo gas! Ta, ta, ta… Ta… ta… ta… cha… cha… Ta…

Continuaba moviéndose, dale que dale. Dag tomó el vaso, y se lo llevó a los labios, mirando las caderas de Rosalind. Eran muy bonitas, y las movía con indiscutible gracia, pero… Caramba, una chica así era para volver loco a cualquiera.

—¡Como puede ver…! —empezó Rosalind, girando, con los brazos abiertos como queriendo señalarlo todo a la vez—. ¡Oh!

Una de sus manitas golpeó la de Dag, y el vaso, con su contenido, saltó hacia el techo. Dag alzó la cabeza, y estuvo mirando la trayectoria del vaso hasta que se estrelló en el suelo…, y eso, a pesar de que parte de la ginebra que contenía le cayó en forma de gotitas en la cara Luego miró a Rosalind que había enrojecido una vez más, bajo la capa de maquillaje cobrizo, y sacó su pañuelo, para pasárselo suavemente por la cara, limpiando la ginebra.

—Lo… lo… lo… siento, señor Damon…

—No tiene importancia. De veras.

—Le… le serviré otro trago…

—Muy amable. Pero podemos dejarlo para luego. Ahora, si se viste para salir, podremos…

—¿Vestirme para salir? ¡Pero si ya estoy vestida!

—Mmm… ¿Va a salir… así… a la calle?

—¿Qué le pasa? ¿No le gusta?

—Bueno…

—¡Pero señor Damon, si usted mismo dijo que le gustaban las chicas alegres, divertidas, y todo eso…! ¡Hay que estar adecuadamente vestido para divertirse, cariño! Ta… Ta… cha… ta… Ta, ta… ¿Okay?

—Pues…

—¿Me ha engañado? ¿No le gustan las chicas como yo? Porque si no es así…

—Oh, sí, sí… ¡Me encantan las chicas como usted, de veras! Pero claro, como yo no he venido vestido… adecuadamente…

—¡Ya lo veo! ¡Corbata, traje perfecto, calcetines que hacen juego con la corbata, zapatos negros…! ¿No se está convirtiendo usted en un vejestorio, señor Damon?

—Bueno, todo es posible, claro…

—¡Rejuvenezca, querido! ¡Y eso sólo puede conseguirlo con una chica como yo! ¿No es eso lo que piensa usted…?

—Sí… ¡Sí, desde luego!

—¡Pues en marcha! ¿De verdad no quiere tomar un *gin*?

—Más adelante… Lo tomaremos por ahí.

—¡Okay! ¡Tomaremos de todo, y nos vamos a divertir a lo grande! ¿Ha pensado ya adónde va a llevarme?

—Pu… pues no, todavía no…

—Podemos ir a Baltimore. ¡Allí hay de todo! Bailes, bares, clubs… Ta, ta, ta… Ta… ta… cha… ta…

—Sí… Ta, ta, ta… ¡Ta… ta… cha… ta…! ¡Vamos a divertirnos!

—¡Woohaoooo…! —gritó Rosalind.

Se lanzó hacia la puerta, y Dag salió iras ella. Pero apenas pudo dar un paso, porque Rosalind se volvió, de pronto, a toda velocidad… y con la frente, le propinó tal golpe en la nariz al agente del FBI que lo tiró de espaldas, dejándolo sentado en un sillón lleno de revistas.

—¡Oh!

El

G-man,

con las manos en la nariz, llenos de lágrimas los ojos debido al fenomenal trastazo, se quedó mirando a la jovencita divertida, que

una vez más había enrojecido.

—No es nada —masculló—. No es nada, señorita Lovinson.

—Yo… yo… yo… yo… iba… iba a parar el tocadiscos…

—¿No es automático?

—¡Oh!

Justo en aquel momento, el tocadiscos, que era efectivamente automático, dejó de funcionar, al llegar la aguja al final del recorrido del disco de *soul.* Dagobert Delano Damon suspiró profundamente, se puso en pie y señaló hacia la puerta.

—Cuando guste, señorita Lovinson.

—Sí, sí… Yo… yo… yo… estaba pensando que… que podríamos hablarnos… con más confianza…

—Ah.

—Puedo llamarlo Dagobert, y usted a mi Rosalind.

—Magnífico, Rosalind. Llámeme Dag.

Llegaron ante la puerta, y se disponía Dag a abrirla cuando Rosalind puso una mano encima de la de él.

—¿No vamos a desearnos buena suerte? —murmuró maliciosamente.

—Oh, sí… ¡Buena suerte, Rosalind!

—No es así. Dag.

—¿No? ¿Cómo entonces…?

Ella sonrió, y por un instante Dag creyó ver un ligero temblor en los muy pintados labios femeninos. Pero en seguida, dejó de verlos porque ella se abrazó a él, y le besó en los suyos. Al principio, sólo por un segundo, Dag Damon permaneció petrificado. Pero reaccionó en seguida, y se dispuso a demostrar a aquella loca muchacha que no tenía gran cosa que aprender en cuestión de besos. Primero, se sorprendió al notar los labios de ella un tanto rígidos, duros, secos. Pero, poco a poco, los labios de Rosalind Lovinson se fueron ablandando, suavizando, dulcificando…, mientras ella parecía ir desfalleciendo lentamente entre los brazos del

G-man,

hasta el punto de que, cuando Dag decidió dar por terminado el beso, prácticamente sostenía todo el peso de la muchacha.

Dag Damon casi se asustó.

—Seño… Rosalind… ¡Rosalind!

Ella abrió los ojos, lentamente, se quedó mirándolo de un modo

extraño, que inquietó al
G-man.
De pronto, sonrió, le tomó de una mano, y lanzó un alarido:

—¡A divertirnos!

Hacia las diez y cuarto de la noche, el coche del
G-man
se detuvo delante de la casita de Rosalind Lovinson, la cual llegaba cantando, en voz baja, con los ojos cerrados, poco menos que tumbada en el asiento, junto a Dag.

—Rosalind… —musitó el federal—. Hemos llegado.

La muchacha abrió los ojos, y los dejó fijos en el techo, como si el coche tuviera bellos dibujos por dentro.

—¿Adónde? —murmuró torpemente.

—A tu casa. Dame la llave. Te ayudaré a…

—¿Por quién me tomas? ¡No necesito que nadie me ayude a nada!

—Bien… Pero quizá sería conveniente que…

—¡No! Y otra cosa, antipático y aburrido caballero: ¿no quieres entrar a tomar el penúltimo trago?

—Bueno… Será mejor que lo dejemos para otra ocasión. Por hoy ha sido suficiente.

—¿No quieres entrar conmigo?

—Otro día, Rosalind.

—Ya… Entonces… nos despedimos aquí.

—Será mejor. Me he divertido mucho, Rosalind.

—No lo creo… ¡No lo creo! —tartajeó ella—. ¡Cuando un hombre se divierte con una chica, lo menos que intenta es besarla! ¡Y tú no has intentado besarme! ¿Qué clase de hombre eres tú, Dag Damon?

—Creo que normal —refunfuñó Dag.

—¿Normal? ¡Pues entonces, entra en mi casa ahora!

Damon se quedó mirando los hermosos ojos de la muchacha, muy brillantes, enormes. Bellísimos, sin duda alguna. Ella también lo miraba fijamente, con una vaga sonrisilla en los labios, que se entreabrían en gesto poco menos que patético. De pronto, Dag deslizó una mano por el fino cuello femenino, mientras se inclinaba, para besarla en los labios. Un beso lento, corto, amable. Muy corto.

—Buenas noches, Rosalind.

—Eres un tonto… ¡Un tonto! Podemos bailar un poco más en mi casa, tomar algo… ¿Eh? Ta… ta… cha, cha… ta… cha… Ta, ta, ta…

—Hasta mañana en el club.

—¿Sabes una cosa, Dag Damon? —Rosalind soltó un «¡hip!» fortísimo—. ¡Te odio!

—Mañana me perdonarás. Ve a dormir.

La muchacha salió airadamente del coche, y se quedó junto a él, no muy segura. De pronto, metió su cabeza por la ventanilla, y fijó sus relucientes ojos en el federal.

—Eres un tipo raro, pero… tú te lo pierdes…

Sacó la cabeza, se irguió, y se dirigió hacia la casa, moviendo las caderas de aquel modo tan sugestivo, soltando algún que otro profundo «¡hip!», y cantando aquello de Ta, ta, ta… ta… cha… ta…

CAPÍTULO X

Dag Damon abrió la puerta del apartamento que tenía alquilado en Woodland Beach desde aquella misma mañana, entró, cerró, dio la luz, y dijo:

—Soy yo.

Fred Killman apareció por la puerta del dormitorio, guardando la pistola en la funda sobaquera. Estuvo unos segundos parpadeando, deslumbrado, pues había estado esperando a oscuras… Y cuando pudo ver bien, se quedó mirando aterrado a su compañero.

—Demonios,
D. D. D.
¿Qué te ha pasado?

—Nada. Sólo he salido con esa chica.

—¿De verdad no has tenido ninguna pelea?

—No. —Dag se dejó caer en el sofá del pequeño *living*—. Nada de peleas. Solamente he estado… divirtiéndome con ella.

—No pareces muy satisfecho.

—¿Satisfecho? —Dag enrojeció de ira—. Escucha bien esto, amiguito. ¡Esa chica es tonta al máximo, y torpe como un hipopótamo! ¡Me ha pisado docenas de veces, me ha manchado de
Coca-Cola,
ginebra, *whisky*, ron, café y mostaza! ¡Me ha manchado de carmín la corbata, me ha desgarrado un bolsillo de la chaqueta, me ha rociado la cara con ginebra y con naranjada, me ha dado golpes en la nariz con los codos, con la cabeza, y me ha mareado con sus bailes, sus grititos, sus risas…! ¡Todo eso, vertiginosamente, durante más de cuatro horas seguidas! ¡Y por último, la he dejado en su casa poco menos que embriagada!

—Caray —silbó Killman, sentándose junto a su compañero—. No se puede decir que hayas tenido suerte. ¿De verdad te parece tan

torpe?

—¡Grr! —bufó Damon.

—Bien… El coche no estaba en el garaje.

—¿Qué coche? ¿El de ella?

—Claro.

—¿Cómo que no estaba?

—No estaba. Pero… hemos examinado bien el terreno del jardín, y las huellas de neumáticos que hemos visto allí no son las que estamos buscando.

—¿Y la casa? ¿Habéis estado dentro, supongo?

—Desde luego. No hay nada. Te lo aseguro, Dag: nada. Pero no cabe duda de que esa chica no está bien de la cabeza. ¿Has estado en su dormitorio?

—Oye, oye…

—Hombre, no me refiero a «eso». Sólo te pregunto si has podido ver su dormitorio.

—No.

—Pues lo que te has perdido, compañero. Es algo de ensueño.

—No me digas más: posters, botellas de licor o de refresco, revistas, discos…

—Eso que describes es el *living*. El dormitorio, y en realidad todo el resto de la casa, es completamente diferente: elegante, serio, de buen gusto…

—¿Estás diciéndome que todo eso del *living* ha sido… una fachada?

—Bueno… No sé. ¿Tú qué opinas?

—Parece que ella está fingiendo, ¿no? Pero… ¿por qué? ¿Me cree tonto? Si es la mujer que estamos buscando… ¿Has dejado a algún compañero allá?

—No. Pero si quieres lo enviamos ahora.

—¡Claro que quiero! ¡Si ella está haciendo teatro, será por algo, ¿no?!

—Cálmate. —Killman sacó su radio de bolsillo, hizo la llamada y pasó las instrucciones necesarias para que un agente se quedase toda la noche vigilando la casa de Rosalind Lovinson; guardó la radio, y se quedó mirando el humo del cigarrillo—. Hubo un momento en que pensamos que la cosa se iba a complicar: llegó una visita a la casa, poco después de anochecer.

—¿Qué visita?

—Otra chica Estuvo llamando durante un par de minutos. Por fin afortunadamente, se fue. No —sonrió—. No era rubia, sino morena. Muy bonita. Naturalmente, nadie contestó.

—Está bien… ¿Qué hay de lo demás?

—El cadáver de Tom Samish fue recuperado. No resultó sencillo, créeme. Estaba a más de doscientos pies de profundidad.

—Entonces, intervinieron Willie y Roscoe, ¿no es así?

—Claro. Respecto a las dos balas que Samish tenía en el corazón, pues… corresponden sin lugar a dudas a la misma pistola con la que asesinaron a Stuart.

—Bien… Nuestra asesina es muy efectiva… Y muy trabajadora. ¿Sacasteis algo en claro de mis fotografías y grabaciones?

—Las grabaciones han sido estudiadas meticulosamente, pero no parece que haya nada interesante. Respecto a la foto que tomaste de las huellas de neumáticos, eres un tipo con buena vista y excelente memoria: la foto muestra las huellas que estamos buscando.

—O sea, que la rubia asesina estuvo en el club… Eso no deja lugar a dudas respecto a quién asesinó al pobre Samish, ¿verdad?

—Ninguna duda.

—Mmm… ¿No había ningún arma en la casa de Rosalind?

—No.

—Quizá la tenga en el coche… ¿Crees que lo habrá escondido?

—¿Cómo saberlo? —Gruñó Killman—. Ni siquiera sabemos qué clase de coche es el suyo. Pero la seguiremos vigilando. Si es ella tendrá que moverse, hacer algo… ¿Bebió mucho? ¿O intentó engañarte y en realidad no bebió?

—Bebió como una esponja. Mañana tendrá un dolor de cabeza espantoso, y el estómago hecho polvo. Oye: ¿qué hay del mensaje que recogí pedacito a pedacito? ¿Pudisteis recomponerlo?

—La duda ofende, compañero. Te he traído una fotocopia de su reconstrucción. ¿Qué opinas?

Le entregó una fotocopia, y se quedó mirando con una sonrisilla irónica a Dag, que echó un vistazo al papel, y casi pegó un salto en el sofá.

—¿Qué demonios es esto?

—Tus papelitos, pacientemente unidos. ¿Puedes traducirlo?

—¿Estás bromeando? —Gruñó Dag.

Se quedó mirando el… «mensaje», que decía así:

SOLSENATDIGLANIYOVEAREVTUUQEEATARMANNUEHOBMRDEA HAOANELETILLSAROELORTIELAARMDONAUCETESEGSOUREDQEUON

—Es indudable que algo significan todas esas letras, ¿no te parece?

—Así debe ser, puesto que Grant Philbrook tradujo en poco más de un cuarto de hora… ¿Están trabajando en esto en la Delegación?

—Claro. Y el más interesado es Hadaway, que ha vuelto a venir desde Washington para interesarse por el mensaje. Se está ocupando de ello personalmente. En principio, dice que la clave tiene que ser sencilla, pero, a menos que se conozca el sistema, será muy laborioso traducirla.

—Desde luego, parece… uno de esos entrenamientos de señales con los brazos. Letras sueltas. Pero esta mañana no hicimos esa clase de aprendizaje en las lanchas del club, Fred.

—Esperaremos un poco más. Quizá mañana Philbrook haga señales. Si así es, no dejes pasar por alto ni una letra. Si las va dictando en voz alta, la grabadora de tu cámara hará el trabajo. Si no, tendrás que arreglártelas como puedas, pero Hadaway quiere esas letras cuando llegue el momento de las prácticas.

—Las tendrá. ¿Y respecto a Philbrook?

—Sin novedad. Está llevando una vida apacible y amable en el To Be A Sailor Club. Esta tarde no ha salido al mar. Max no le pierde de vista, y ha comunicado ya varias veces que todo está tranquilo.

—Será en apariencia, ¿no? —Gruñó Dag—. No puede estar muy tranquilo un hombre que ha tirado al mar un cadáver. Oh, vamos, no es posible que sean tan tontos para no comprender que algo les está funcionando mal. Han matado ya a dos hombres, uno de los cuales es un agente del FBI. Tienen que estar inquietos por fuerza. Algo tendrán que hacer, y pronto.

—Quizá tienen mejores nervios de lo que nosotros suponemos.

—Por buenos que sean sus nervios tienen que comprender que la situación ha dado un cambio. Es lógico. Posiblemente —alzó el papel con el enrevesado mensaje—, la clave está en estas letras, Fred.

—Bien… Seguramente. Pero no conviene hacer nada hasta que hayamos descifrado esta clave.

—Claro. No vamos a correr ahora, después de tanta… calma. Pero, desde luego, estoy de acuerdo con el inspector Hadaway: esta clave tiene que ser sencilla.

—No me digas.

—Al menos, para quien ya la conoce… Quiero decir que, una vez conocido el truco, no ha de ser difícil descifrarla. Philbrook invirtió quince o veinte minutos, solamente. En mi opinión, nosotros no podemos necesitar más de seis horas para descifrarla.

—Caramba… ¡Pues adelante, genio! Bueno, yo tengo que marcharme ya. Regresaré a los alrededores del club, por si Max llegara a necesitarme.

—Yo podría ir a relevar a Max, y él se reuniría contigo en el coche. Así podríais dormir, por turnos…

—Ni hablar de eso. Tú tienes que estar en perfectas condiciones para seguir mañana con tu parte en el juego. Además, si alguien te viese en el club esta noche, le daría que pensar. Y no te digo nada si el que te viese fuera Grant Philbrook. —Fred Killman miró su reloj —. Son casi las once Muchacho, ¡cómo te envidio! ¡Podrás dormir nada menos que ocho horas, como mínimo! Que aprovechen.

Dag sonrió, y acompañó a su compañero a la puerta, pasándole un brazo por los hombros. Allá, le despidió con una palmada, cerró la puerta, y se fue hacia el cuarto de baño, todavía sonriendo. Buen muchacho Fred, sí, señor. Igual que Stuart Freeman… El ceño del G-man
se frunció, en un gesto hostil, agresivo. Sí… Stuart había sido un gran compañero. Ahora Stuart Freeman estaba en la Morgue, esperando el momento de ser enterrado, al día siguiente.

Se desnudó, contemplando hoscamente sus ropas, todas manchadas, roto un bolsillo de la chaqueta… La imagen de Rosalind se formó en su mente, con una nitidez, con una exactitud tal que le sorprendió. Era buen fisonomista, desde luego, y cuando veía un rostro quedaba ya fijo en su mente para siempre. Pero el de Rosalind aparecía con una nitidez extraordinaria, como si estuviese bañado en una poderosa luz. Lástima de chica. Si no estuviese tan loca…

Minutos después se había duchado y estaba sentado en el borde

de la cama, en pijama, contemplando aquel extraordinario mensaje que Grant Philbrook había recibido. Se acomodó en la cama, quedando sentado, con el almohadón en la espalda, y encendió un cigarrillo. Luego, bolígrafo en ristre, empezó a tomar notas en un block… Si era sencillo descifrar aquello, él podía conseguirlo…

Hacia las once y media soltó un bufido de disgusto, y decidió que había llegado el momento de descansar. Lo dejó todo sobre la mesita de noche, apagó la luz y se estiró en el lecho, refunfuñando cuando los pies sobresalieron de aquél. Era uno de los inconvenientes de ser tan alto. Hasta la cama debía tenerla a la medida. Se encontró pensando nuevamente en Rosalind Lovinson… ¡Caramba! Ahora que lo pensaba detenidamente, ella era también bastante alta, ya que había llegado a golpearle en la nariz con la frente. En cuanto al mensaje que Philbrook había recibido, era álgebra para él, por el momento. La maldita álgebra, que había sido su pesadilla cuando estudiaba en…

De pronto, Dag Damon lanzó una exclamación y se sentó en la cama. ¡Algebra! ¡Matemáticas!

Encendió la luz, tomó el papel, y miró ansiosamente el montón de letras que nada decían, tal como estaban. Saltó de la cama, se vistió en dos minutos, y otro minuto más tarde estaba en su coche. Podía estar en la Delegación en media hora.

CAPÍTULO XI

—¡Señor! —gritó—. ¡Creo que lo tengo, he descubierto…!

Los inspectores Cosgrove y Hadaway habían alzado vivamente la cabeza, respingando Se le quedaron mirando, y Dag tuvo suficiente con esto para recuperar su habitual frialdad.

—¿Café, Dag? —propuso Hadaway.

—Pues… Sí, sí, señor. Gracias.

—No sé si te conviene —sonrió a medias Cosgrove—. Dicen que el café es un excitante nervioso, y… yo diría que no lo necesitas. Me sorprende en ti, Dag.

El
G-man
sonrió también a medias, y se quedó mirando a Hadaway, que le estaba sirviendo café en un vaso de papel. Ambos inspectores estaban sentados, uno frente a otro, a la mesa de Cosgrove, y tenían delante un montón de papeles Eran las doce y diez. Dag Damon tomó su café, tranquilamente.

—Lo tengo —musitó—. Me refiero a ese mensaje. Creo que he encontrado el modo de descifrarlo muy pronto.

—Deberías estar durmiendo —gruñó Cosgrove—. Nosotros nos hemos ocupado de eso, Dag, y…

—¿Cómo podemos descifrarlo, Dag? —preguntó Hadaway.

—Bueno… Quizá le parezca una tontería, señor, pero… me acordé del álgebra.

—Fantástico —sonrió de pronto ampliamente Hadaway—. ¿Qué más?

—Mmm… Veamos, señor… Estas letras —mostró el papel— han de tener por fuerza un significado. Y hemos llegado ya a la conclusión de que una vez se conoce el sistema, será fácil descifrarlo. En mi opinión, va a ser facilísimo: creo que las palabras están colocadas una tras otra, simplemente. Lo que ocurre es que

todas las letras del mensaje han sido cambiadas de lugar en cada palabra.

—Interesante. ¿Y…?

—Es como las combinaciones algebraicas, señor. Sólo hay que ir cambiando de lugar todas las letras, matemáticamente, y, una de esas combinaciones, nos dará el resultado exacto. Por ejemplo, vamos a tomar la palabra New York. No. Sería demasiado larga… Tomaremos sólo la primera palabra: NEW.

Tomó un papel de la mesa, y el bolígrafo de Hadaway. En el papel escribió:

E W N

—Éstas son las letras de la palabra New, sólo que están cambiadas. Leídas así, no significan nada. Sin embargo, si recurrimos a las combinaciones matemáticas, hallaremos en seguida la solución. Sólo hay que ir combinando cada letra con las otras dos, colocándolas sucesivamente en primer lugar. Bueno… Les estoy hablando como si ustedes no supieran matemáticas, cuando me consta…

—Adelante, Dag —murmuró Hadaway.

—Bien… Voy a ir combinando las letras de acuerdo a las combinaciones matemáticas. Hemos quedado en que EWN no significa nada. Sin embargo, si voy escribiendo esas letras cambiándolas de lugar…

EWN ENW WEN WNE NEW N W E

—Vea, señor: la quinta combinación, nos da la palabra exacta.

—Formidable —musitó Hadaway—. Pero usted ha operado con tres elementos, Dag, y sabiendo que esa palabra constaba, precisamente solo de tres elementos. ¿Sabe cuántas letras contiene el mensaje que recibió Philbrook?

—Pues… no. No todavía, pero…

—Ciento noventa y siete letras. Y como no sabemos cuántas letras tiene cada palabra, ya que desconocemos esas palabras, para descifrar el mensaje matemáticamente, tendríamos que operar con las ciento noventa y siete letras a la vez. ¿Tiene una idea de cuántas

combinaciones se pueden formar con una sola «palabra» de ciento noventa y siete letras operando con todas a la vez?

—Cientos de millones, señor —murmuró Dag—. Hay que hacer una serie de multiplicaciones cuyo resultado es espantoso. Deberíamos multiplicar

197 × 196

xl

95 × 194 × 193…

y así hasta llegar al final, o sea por

5 × 4

x

3 × 2

x1… El resultado sería brutal, señor. No sé… Trillones y trillones de combinaciones, quizá.

—Nos moriríamos de viejos antes de haber descifrado ese mensaje… ¿No está de acuerdo?

—Sí… Sí, señor, es cierto. Pero… tenemos cerebros electrónicos en Washington capaces de realizar estas operaciones en un par de horas, o tres… No mucho más.

—¡Ah! ¿De veras ha pensado en eso, Dag?

—Sí, señor. Sólo hay que echar a la computadora esas letras, en el orden que están, programarlo para combinaciones matemáticas, y, en dos o tres horas, quizá cuatro o cinco, no sé, tendríamos el mensaje descifrado. Bueno… A mí me pareció una buena idea, señor.

—No es mala —sonrió Hadaway.

—Dag —sonrió también, y ahora anchamente Cosgrove—: Hadaway encontró ya esa solución. Hace media hora que hemos enviado el mensaje a Washington, y en este momento un cerebro electrónico está trabajando con él, exactamente programado como tú lo has dicho.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Damon—. ¡Ustedes se han estado pitorreando de mí, dejándome explicarles una solución que ya…!

—Tranquilo, Dag… —murmuró amablemente Hadaway—. Sólo quería saber cómo discurría usted. Le felicito. ¿Más café…? ¿O prefiere regresar a Woodland Beach?

—Tomaré café, señor. Quiero estar aquí cuando nos llegue ese

mensaje descifrado.

—Quizá sean más de seis horas. Francamente, no espero resultados hasta las seis o las siete de la mañana. Incluso para un cerebro electrónico eso es mucho trabajo. Dígame una cosa, Dag: ¿no le gustaría especializarse en contraespionaje?

—Ya he realizado algunos trabajos de…

—No, no… Hablo de especializarse absolutamente. Ello requeriría un cursillo complementario en Quantico, con Mike De Brando… —sonrió— el Hueso, como le llaman sus alumnos especiales.

—He oído hablar de él —sonrió Dag.

—Lo supongo. También habrá oído hablar de Tony Leopard, de Miami; de Mick Henris, de San Francisco; de Sam Albers, de Nueva Orleans… Ellos forman parte de ese grupo en el cual le estoy proponiendo que ingrese.

Dag Damon palideció ligeramente.

—¿Me está poniendo a la altura de Tony Leopard, señor?

—No todavía. Pero merece usted esa oportunidad. Según lenguas amables, yo soy… una especie de robot pensador. Usted, en poco más tiempo que yo, y teniendo otras cosas en qué pensar, ha llegado a la misma conclusión que yo. ¿Le parezco estúpido por querer perfeccionar a un agente como usted para el FBI?

—No —musitó Dag—. No, señor. Le agradezco…

La puerta del despacho se abrió de pronto, impetuosamente, y el agente ayudante de Cosgrove apareció en el despacho.

—¡Dan está en su radioteléfono, señor! —exclamó—. ¡Hay noticias!

Cosgrove descolgó inmediatamente el auricular.

—¡Dime, Danny!

—¡…!

—¡Bien!

—¡…!

—Sí, sí… ¿Y Lew?

—¡…!

—¡No los pierdas de vista! ¡Creo que sabemos adónde van, pero no los pierdas de vista! ¡Seguiré comunicando con vosotros por radio de bolsillo! ¡Es todo, Danny! —Colgó el auricular, y se puso en pie rápidamente, siendo imitado por Hadaway y Damon—. ¡Giles

Thompson, nuestro teórico agente soviético que entró por Canadá, ha terminado su trabajo hace unos minutos en el *Boom Snack*, ha tomado su coche, y ha pasado a recoger a Alex Nelson, el que trabaja en los almacenes
Colby's!
Danny Barrows, y Lew Garret, que son los encargados de vigilarlos respectivamente, los están siguiendo en sus coches… ¿Adivina usted hacia dónde se dirigen ahora, Hadaway?

—Deme tiempo para pensar —sonrió fríamente Clarence—. ¿Hacia la gasolinera de Merry Heywood?

—¡Exacto! ¡Van a reunirse los tres! ¡Creo que debemos ir…!

—Tomaré otro café —dijo tranquilamente Hadaway, sentándose —. Tenemos tiempo.

Cinco minutos más tarde, sonó el radioteléfono, y Cosgrove lo descolgó de un veloz manotazo.

—¡Sí! —gritó.

—…

—¡Síguelo! ¡Pero de lejos, Max!

—…

—¿Él va a pie? De acuerdo, pues haz lo mismo. Sal del coche y ve tras él. Max: si te ve lo vamos a echar todo a perder.

—…

—Espléndido. Ya te diré algo. ¡No olvides tu radio de bolsillo en el coche! —Colgó y lanzó un resoplido, mirando a Hadaway—. De acuerdo, Hadaway: lo que usted pensó hace unos minutos es cierto. Creo que estuve a punto de precipitarme.

—¿Grant Philbrook ha salido del club? —sonrió Clarence.

—Así es. Con muchas precauciones, agazapándose. Sabe que le están vigilando de cerca, pero debe estar muy seguro de que ha conseguido engañar a su vigilante, o que éste se ha dormido.

—Nuestro «amigo» Philbrook es un ingenuo. O está desesperado, asustado… Naturalmente, los cuatro van a reunirse ahora en el *bungalow* de Merry Heywood, viajando juntos en el coche de Giles Thompson… ¿Se imagina estupidez más grande que ésta de reunirse en el *bungalow* a la una de la madrugada?

—A menos que esperen encontrar allá una solución a sus problemas, Hadaway. Y esa solución puede ser… encontrarse con otra persona que puede ayudarles.

—¿La rubia asesina? —musitó Dag.

—Es posible… —admitió Clarence—. Pero poco probable. Esa mujer es demasiado lista para cometer tal tontería. Hasta ahora, no se ha puesto en contacto con ellos para nada. Y eso, lo sabemos seguro, ya que si no fuese así, no le enviarían mensajes con señales de brazos desde la lancha a la playa. No… Jamás han tenido contacto con ella… Sin embargo, los cuatro van ahora hacia el *bungalow*. ¿Seguro que no hay una radio allí, Cosgrove? Puede estar escondida bajo el suelo…

—Hemos revisado ese *bungalow* a fondo —cortó Cosgrove.

—Pues esos hombres van allí con una esperanza… ¿Cuál?

—Yo opino, señor —murmuró Dag—, que quizá ha llegado el momento de… dar un tironcito a la red que tenemos lanzada hace ya semanas.

—Sí… Quizá. Vamos al coche. Avisaremos a los muchachos que no se acerquen para nada al de Giles Thompson: que lleguen con tranquilidad al *bungalow*. Todos nosotros llegaremos unos minutos más tarde, y nos reuniremos allí. En marcha.

CAPÍTULO XII

Solamente se oía el rumor del mar, y por toda iluminación contaba con la de la luna. Por medio de llamadas con la radio de bolsillo, se fueron concentrando, hasta, finalmente, a pie, reunirse con Max Logan, el agente encargado de la vigilancia de Grant Philbrook durante la ausencia de Dag Damon. Los coches habían quedado algo lejos, como una prudente medida para no espantar la pesca. Sólo un coche se veía desde allí: el de Giles Thompson, también un tanto apartado del *bungalow*, colocado a la sombra de unos pinos.

—Todos los pajaritos están en la jaula —dijo Max.

—Querrás decir los peces en la red —replicó Dag—. ¿Ha llegado alguien más?

—Que yo sepa, no. Philbrook fue el primero en llegar, y no me pareció que hubiera nadie dentro del *bungalow*.

—Entonces, están los cuatro solos —murmuró Hadaway—. Cosgrove: yo insisto en que hay una radio ahí dentro. ¡Tiene que ser así!

—Sí —admitió de mala gana Cosgrove—. Tiene que ser así, lo comprendo. Hablando ellos cuatro no van a solucionar nada. Alguien debe estar dándoles instrucciones, de un modo u otro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lew Garrett.

—Somos siete —murmuró Hadaway—. No tendríamos perdón si se nos escapasen. Usted mismo, Lew, vaya a vigilar el coche; pero no de cerca. Phil y Danny, que han estado vigilando a los otros dos, se irán al otro lado del *bungalow*. Max, a la izquierda. Dag, a la derecha. Usted y yo, Cosgrove, nos quedaremos delante de la puerta.

—¿No vamos a por ellos? —musitó Max.

—No. Quiero que reciban esas instrucciones. Vamos a dejarlos tranquilos hasta que alguien, sea como sea, se haya comunicado con

ellos. Es todo. Quiero que todos estén con la radio de bolsillo abierta. Iré dando instrucciones en todo momento. No quiero un fallo ahora.

Se separaron, en silencio. Poco después, cada uno estaba en su sitio, agazapado, esperando. No se veía ninguna luz en el *bungalow*. Se oía el canto de insectos, en agudos chirridos, y el rumor del mar…

Diez minutos más tarde, la puerta del *bungalow* se abrió, y un hombre salió.

—Ha salido solamente Grant Philbrook —susurró Hadaway, con la radio pegada a la boca—. Max, sígalo. Si intenta escapar, deténgalo… como sea. Si todo lo que hace es regresar a su dormitorio, déjelo.

—Pero, señor…

—Entiéndanlo todos bien —cortó secamente Hadaway—: Philbrook es el encargado de hacer las señales a la muchacha rubia, de modo que, mientras sea posible, lo quiero suelto. Que cumpla su parte… Será el único modo de que esa mujer vuelva a acercarse a estos lugares… Ella también debe estar esperando instrucciones, y parece que sólo puede recibirlas por medio de Philbrook. ¿Alguna duda, Max?

—No… No, señor. Iré tras él.

—Con exquisito cuidado.

—Sí, señor.

—¿Qué pasa? —Se oyó la voz de Dag Damon en las demás radios, ahora—. ¿No salen los demás, señor? No veo la puerta desde donde estoy.

—Siga ahí, Dag. Es todo.

Casi veinte minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse, y tres hombres salieron del *bungalow*.

—Diez pasos más… —susurró Hadaway—. Exactamente diez pasos más desde que yo termine de hablar, vengan todos delante de la cabaña. Los tres han salido. Ya cuentan Los diez segundos. Nueve. Ocho…

En el momento exacto, los seis hombres del FBI que habían quedado vigilando la cabaña, aparecieron, de pronto, a la luz de la luna, rodeando a los tres hombres que caminaban por la arena hacia el coche… Uno de los tres hombres lanzó un grito de sobresalto, de

aviso, y llevó la mano al bolsillo…

—¡Quietos…! —tronó la voz de Clarence Hadaway—. ¡Están completamente rodeados! ¡Les estamos apuntando!

Tras una vacilación, los tres hombres alzaron los brazos, muy altos, visiblemente, y se quedaron inmóviles. Los hombres del FBI comenzaron a acercarse, lentamente, pistola en mano.

—Tiéndanse en el suelo, de cara al cielo —ordenó ahora Clarence Hadaway—. Cuando estén en esa postura, saquen las armas que lleven encima, y tírenlas lejos de ustedes. ¡Vamos ya!

Uno de los hombres se inclinó, puso una rodilla en tierra…, y, de pronto, sacó rápidamente la pistola, se volvió hacia Hadaway, y apretó el gatillo: plop…

En el acto, mientras Hadaway caía rodando hacia un lado, los demás hombres comenzaron a disparar también, a la desesperada, todavía oyéndose el grito de Hadaway:

—¡No los maten, si es posible!

La noche se llenó de apagados chasquidos de armas con silenciador. Uno de los espías lanzó un alarido al recibir un balazo en un hombro, dio un salto hacia atrás, perdiendo la pistola, y tras rodar un par de veces, regresó a toda prisa en busca de su arma, mientras los otros dos corrían, separándose… Dag Damon se colocó de un salto delante del herido, y le apuntó firmemente, mientras sus compañeros disparaban contra los dos que corrían.

—¡Quieto ahí! —ordenó—. ¡No se acerque a la pistola!

Por detrás de Dag ahora, se oyó el grito de un hombre, y, en seguida, el de otro…

—¡Cuidado! —Se oyó a Cosgrove—. ¡Vamos a herirnos nosotros mismos!

El hombre que estaba en el suelo, dominado por Dag, lanzó una maldición, y continuó arrastrándose hacia la pistola.

—¡Quieto! —repitió Dag—. ¡Olvide esa arma o…!

Pero el hombre no estaba dispuesto a olvidar su pistola, de modo que llegó hasta ella, la empuñó, y comenzó a apuntar a Damon, que apretó el gatillo. Se oyó otro apagado «plop», sumándose a los que se oían en abundancia hacia los pinos y el hombre emitió un chillido. Se puso de rodillas, alzó de nuevo la pistola… Dag volvió a disparar, ya sin contemplaciones, so pena de recibir finalmente un balazo. Esta vez, el hombre ni siquiera gritó.

Se dobló hacia atrás, y quedó inmóvil, con las piernas bajo el cuerpo.

Inmediatamente, Damon se volvió hacia los pinos y echó a correr. A su izquierda llevaba a Cosgrove y a Hadaway, este último gritándole:

—¡No dispare, Dag! ¡Los demás van por allí!

Corrieron los tres hacia los pinos. En seguida, se encontraron con el agente Danny Barrows, tendido en el suelo, de lado, atendido por Phil Kook. A pocos pasos de distancia, tendido de cara al cielo, el cuerpo de otro de los hombres, completamente bañado en luz lunar.

—Estoy bien —jadeó Barrows—. ¡Estoy bien, vayan a ayudar a Lew!

Hadaway, Kook y Damon echaron a correr, directos hacia donde estaba el coche de los hombres que habían llegado desde Baltimore. Vieron el fogonazo por delante de ellos, y, en seguida, oyeron la voz de Lew Garrett:

—¡Le he dado otra vez, pero sigue hacia el coche…!

En dos segundos, se encontraron con Garrett, que alzaba nuevamente la mano armada… Otro «plop», y, más allá, vieron la silueta del último hombre, crispándose, dando un salto que lo llevó por fin junto al coche.

—A las ruedas… —exclamó Hadaway—. ¡Ellos no quieren dejarse capturar vivos, pero necesitamos por lo menos uno! ¡Disparen a las ruedas del coche, no al hombre!

Se separaron unos pasos, mientras se oía el fuerte golpe de la portezuela del coche al ser cerrada. En cuanto el coche apareciese, reventarían las ruedas, y…

De pronto, una llamarada que parecía blanca brotó del lugar donde estaba el coche de los espías. Luego, adquirió un tono rojo y negro… Por unos segundos, mientras retumbaba la contenida explosión, se vio el coche, saltando, reventando en una lluvia de cristales que parecían rojos. Luego, retorcido, el vehículo quedó envuelto en llamas, iluminando aquella parte de la playa.

—Por Dios… —jadeó Kook—. ¿Qué ha pasado?

—Vaya a uno de nuestros coches a buscar un extintor —dijo Hadaway—. ¡De prisa!

Phil Kook echó a correr, contemplaban el coche ardiendo. Dag

Damon fue el primero en dar media vuelta, regresando adonde habían quedado Cosgrove y Barrows, que estaba herido afortunadamente de poca gravedad, en un costado. Se reunieron todos, y Hadaway utilizó de nuevo su radio de bolsillo.

—¿Max? —musitó.

—¿Sí, señor? —replicó casi en el acto el agente.

—¿Ve usted algo desde el club?

—¿Algo? No, señor… Es que no comprendo… ¿A qué se refiere?

—¿No ha oído usted una explosión?

—No, señor. El viento va hacia el mar… ¿Qué ha ocurrido?

—Ya lo sabrá. ¿Qué está haciendo Philbrook?

—Se ha retirado a su alojamiento del club, señor. Sólo eso.

—Bien. Siga vigilándolo. ¿Ve usted un incendio en el cielo?

—Pu… pues no… no, señor… ¿Qué…?

—Es todo.

Cerró la radio y señaló a Barrows.

—Ayúdenlo. Phil llegará en seguida con uno de los coches, de modo que nos lo llevaremos de aquí.

—Estoy bien, señor —farfulló Barrows—. De veras que estoy bien.

—Me alegro mucho. Pero… ¿tendrá inconveniente en que se lo lleven a que lo atienda un médico?

Barrows refunfuñó, y los demás sonrieron. Un coche llegaba a toda velocidad, con las luces encendidas.

—Ahí llega Phil —dijo Dag.

Cuando se reunieron con Phil Kook, llevando a Barrows, el fuego estaba ya completamente extinguido bajo la espuma del extintor, y, a la luz de los faros del coche traído por el
G-man
pudieron ver, en el asiento, lo que quedaba de Giles Thompson. Durante unos segundos, estuvieron mirando, como fascinados, el mutilado cuerpo. Por fin, Hadaway recuperó la iniciativa:

—Phil, usted llévese a Danny a Baltimore inmediatamente. Lew, vaya en el coche con él, y vuelva con otro de los coches. Nos llevaremos los cadáveres de estos tres… suicidas.

—Debían estar locos —masculló Cosgrove—. ¡Los teníamos bien dominados, y sin embargo…!

—Algunos espías prefieren morir apurando una posibilidad de

escapar a ser tomados prisioneros —musitó Hadaway—. Incluso hay algunos que se suicidan, eso lo sabemos todos. Bien, ocúpense de eso. Dag, ayúdeme a traer aquí los otros dos cadáveres. Los registraremos.

Phil Kook se llevó en el coche a Dan Barrows y a Lew Garrett, que regresó poco después con otro, deteniéndose ante la cabaña, que ahora tenía la puerta abierta, y la luz encendida. Los cadáveres de Alex Nelson y Merry Heywood estaban tendidos en el suelo, ensangrentados, con los bolsillos vueltos al revés. Junto a Thompson, se veía una radio de pilas, relativamente grande.

—¿Algo importante? —preguntó Lew.

—No. Vamos a colocarlos en el coche… No quiero ambulancias ni escándalos por aquí, pues podríamos alarmar a Grant Philbrook. Usted se llevará los cadáveres a la Morgue, Lew. Que los desnuden y pasen todas sus pertenecías al laboratorio. Luego, avise a la Patrulla de Caminos, que vengan a recoger, con toda discreción, el coche de estos hombres. No tiene que quedar rastro de la explosión, en lo posible… Y podemos estar contentos de que el viento sople hacia el mar pues de lo contrario habría cundido la alarma. Bien…, ¿qué estamos esperando?

Diez minutos más tarde, Lew Garrett se había marchado, llevándose Los cadáveres, incluso lo que quedaba del de Giles Thompson envuelto en una manta tomada del *bungalow*.

Y dentro de éste, Clarence Hadaway, manos en la cintura, miraba a su alrededor, muy atentamente. Habían libros en unos estantes, esquíes acuáticos en las paredes, cuadros… Un gran mueble-bar, sofá, varias sillas, dos mullidos sillones, televisor…

—¿Y el televisor? —preguntó de pronto Hadaway.

—¿El televisor? —Respingó Cosgrove.

Sólo quedaban allí Hadaway, Cosgrove y Damon. Los tres se acercaron al televisor, y se quedaron mirándolo casi furiosamente. El inspector especial, fue a la pequeña cocina, cogió un cuchillo y regresó, dedicándose inmediatamente a arrancar la tapa de atrás del aparato, que estaba herméticamente cerrada. Para cuando lo abrió, con un seco tirón final, Cosgrove y Damon estaban tan profundamente sombríos que el inspector especial les dedicó una sonrisa, de verdad amable.

—No se lo tomen así. Ya saben ese refrán que dice que «los

árboles no permiten ver el bosque». ¿O no lo sabían?

Señaló el interior del aparato, con alegre gesto, casi divertido. Por fuera, sí, el televisor era… un televisor. Por dentro no. El tubo catódico era sólo pura fachada. Lo demás era un emisor-receptor de señales de morse. Lo bastante potente para llegar hasta Canadá.

—¿Estuvo usted en el registro de este *bungalow*, Dag?

—No, señor… Tenía otro trabajo, resulté herido, y estuve un par de semanas en una clínica. Luego…

—Es suficiente… para que yo insista en enviarlo con Mike De Brando, alias el Hueso. ¿Se da cuenta, Cosgrove? No dudo que los hombres de su Delegación son magníficos agentes, pero todo requiere especialización.

—¿Qué hacemos? —Gruñó Cosgrove—. ¿Nos llevamos el aparato?

—¿Para qué? Ya vendremos a por él. Volvamos a la Delegación. Aquí ya no hay nada que hacer. Me parece que esta noche se ha quedado sin dormir, Dag. Hay que hacer un reajuste en nuestros planes.

—Sí, señor.

Clarence miró sonriente al enfurruñado Cosgrove.

—No ponga esa cara… Nadie es infalible, Cosgrove. Vamos: tenemos mucho café por delante.

CAPÍTULO XIII

Hacia las cuatro de la mañana, habían consumido un promedio de ocho cafés por cabeza, y otros tantos bocadillos. Casi a las cinco, ya clareando el día, el ayudante de Cosgrove, con cara de sueño, entró en el despacho, llevando un papel, que tendió a su jefe, con gesto de triunfo.

—Lo han conseguido, señor —exclamó.

—¿Qué es esto?

—Aquel galimatías de letras. Acabamos de recibir la solución.

Cosgrove lanzó una exclamación, mientras Hadaway y Damon se apresuraban a mirar el papel, uno a cada lado del jefe de la Delegación. Ahora sí podía entenderse perfectamente:

> LOSESTANVIGILANDOAYERTUVEQUEMATARAUN
> HOMBREDELACIAOFBIHAYOTROMUERTOENEL
> ASTILLEROTIRELOALMARCUANDOESTESEGURODE
> QUENOLOVENAVISEALOSOTROSYVAYANARECIBIR
> INSTRUCCIONESQUEDEBERAPASARMECOMODE
> COSTUMBRE

—Los están vigilando. Ayer tuve que matar a un hombre de la CIA o FBI. Hay otro muerto en el astillero. Tírelo al mar. Cuando esté seguro de que no lo ven avise a los otros y vayan a recibir instrucciones que deberá pasarme como de costumbre… ¿Alguna duda, caballeros? —terminó Cosgrove.

—Ninguna —negó Dag.

—Por el contrario —dijo Hadaway—: esto confirma todo lo que hemos estado hablando hasta ahora. Esa muchacha rubia no se relaciona con nadie que pueda resultar sospechoso al FBI o a la CIA. Recibe sus instrucciones por este conducto, cada jueves, ya que los

miércoles se reunían los cuatro hombres que vigilábamos, en el *bungalow*. Ahora, ella está esperando a que, dentro de unas pocas horas, Grant Philbrook le pase las últimas instrucciones. Por eso lo ha dejado vivo.

—Por Dios… —musitó Dag—. Esa mujer es una asesina implacable, señor. Mató a Stuart Freeman, al viejo Samish, y luego, cuando teme que va a quedar al descubierto, los obliga a reunirse a los cuatro en el *bungalow*, y les coloca una bomba en el coche, para cuando se marchen los tres que viven en Baltimore aniquilarlos, sin riesgo, con toda tranquilidad y seguridad. Está cortándonos todas las pistas.

—Sí… Pero queda Philbrook. A él no le ha matado aún porque espera las últimas instrucciones. Sin embargo, Dag, fíjese en una cosa: ¿por qué Philbrook salió veinte minutos antes que los otros tres? ¿Por qué? ¿No habría sido más lógico que salieran juntos los cuatro?

—Evidentemente Mmm… A menos que recibieran instrucciones para hacerlo tal como lo hicieron, señor.

—¡Exacto! Las instrucciones que recibieron en morse comprendían, no sólo el mensaje que dentro de unas horas debe enviar Grant Philbrook para que lo capte esa mujer rubia, sino que, además, les indicaban que primero debía salir Philbrook del escondrijo, y luego los otros tres. ¿Qué les sugiere esto?

—Pues… ¡Lo tengo! Esa mujer puede enviar mensajes a sus jefes, pero no puede recibirlos. Por eso, los recibe por medio de Grant Philbrook, tras recibirlos éste en el *bungalow*. Es decir, que la mujer indicó a sus jefes que el FBI o la CIA tenían vigilados a Philbrook y a los otros tres, y dijo que los iba a matar. Pero, para recibir las últimas instrucciones, necesitaba vivo a Philbrook, así que, el mensaje que ella envió a sus jefes, incluía la indicación de que debían ordenar a los del *bungalow* que primero se marchase Philbrook, y minutos después, los otros tres. De este modo, Philbrook no se enteraba de que habían exterminado a sus amigos, y por la mañana, enviará el mensaje que esa mujer está esperando.

—¿Y luego? —sonrió secamente Hadaway.

—Eliminará a Philbrook.

—Perfecto, Dag.

—No del todo, señor. Hay un punto que no comprendo… ¿Cómo

es posible que esa mujer pueda enviar mensajes a sus jefes, y en cambio, no pueda recibirlos? Parece absurdo.

—Sí… Lo parece. Sin embargo, ella es demasiado astuta para arriesgarse lo más mínimo. No quiere ninguna clase de contacto con nadie. Está tramando algo importante, eso es seguro. Pero no quiere el menor riesgo. Nada de radios, ni entrevistas… Ella puede enviar mensajes, pero no recibirlos por el mismo conducto, de modo que necesita a Philbrook… pero de lejos. Ninguno de los cuatro debe conocerla. Ella quiere estar a salvo en todo momento. Y si tiene un sistema para enviar mensajes, debe ser algo tan inocente como una paloma, algo que no pueda hacer… sospechar… a nadie…

—¡Palomas mensajeras! —tronó de pronto Cosgrove—. ¡Maldita asesina, está utilizando palomas mensajeras!

—¡Fiuuu…! —Silbó el ayudante de Cosgrove.

—Palomas mensajeras —murmuró Hadaway—. Formidable. ¿Qué otra explicación puede haber? Resulta fácil para ella enviar mensajes, pero no recibirlos. Y si no puede recibir mensajes, por medio de las palomas mensajeras, es que ella no cría palomas. Si así fuera sus jefes tendrían palomas criadas por ella, que al ser soltadas, irían al palomar de esa mujer Ahora, preguntémonos, ¿por qué no hay palomas mensajeras propiedad de la asesina, que sepan volar desde cualquier punto a su casa?

—Porque ella lleva poco tiempo viviendo aquí. Por tanto, no ha podido criar palomas que sepan volver a Washington, Baltimore o a Woodland Beach, por ejemplo. En cambio, sí puede tener palomas criadas lejos de aquí, que, cuando ella las suelta, regresan a su palomar Y se llevan el mensaje. Allá lo reciben, y responden al *bungalow*. Luego, Grant Philbrook pasa las instrucciones que esa mujer ha pedido enviando palomas mensajeras de regreso a su palomar. Es decir, que ella tiene varias palomas criadas lejos de aquí, y si se le terminan, pedirá más. Simples palomas. Dulces palomas.

—Dulces, pero resistentes, Dag —dijo Cosgrove—. Una buena paloma mensajera puede regresar a su palomar aunque esté a quinientas o más millas de distancia.

—Eso nos da un círculo demasiado grande para buscar —dijo Hadaway—. Pero no es lo más importante ahora. Lo importante es saber qué es lo que están tramando. Tenemos todo el circuito por el

que circulan las instrucciones, tenemos vigilado a Philbrook, los otros tres han muerto, pero…, ¿dónde está la muchacha? ¿Qué cosa está tramando que requiera tan… complicado y seguro sistema de comunicaciones?

—¿Por qué no se lo preguntamos a Philbrook, señor?

—Porque ya estamos seguros de que él no lo sabe. Lo haremos de otro modo, Dag. Y usted será el encargado de todo. Sería conveniente que se afeitase. —Hadaway sonrió secamente—. Tiene que presentarse hecho un pimpollo en el To Be A Sailor Club, ¿no le parece?

—Santo Dios —gimió el
G-man
—. La voy a ver otra vez, me golpeará, me machacará, me cantará eso de «ta, cha, cha, ta…». Me estoy refiriendo a mi rubia Rosalind, señor.

CAPÍTULO XIV

Pero no. La rubia Rosalind Lovinson no se presentó a la mañana siguiente en el embarcadero del To Be A Sailor Club. A las nueve y cinco minutos, cuando ya todos estaban impacientes, y Grant Philbrook se disponía a poner en marcha la lancha, llegó corriendo el botones del bar, el simpático Leslie.

—¡Señor Philbrook!

—¿Qué hay, Leslie?

—¡Ha llamado la señorita Lovinson! ¡Dice que no podrá venir hoy tampoco, que no la esperen!

—Está bien… Gracias, Leslie.

Los demás alumnos, cambiando comentarios respecto a la frágil salud de Rosalind, comenzaron a saltar a la lancha…, mientras Dag Damon sujetaba al botones por un brazo.

—¿Te ha llamado ella misma? —preguntó—. Me refiero a la señorita Lovinson.

—Sí, señor, era ella. Ha dejado el recado en el club y me han encargado que avisase al señor Philbrook.

—¿No ha dicho qué le ocurre?

—No, señor. Bueno, yo no lo sé, al menos. Pero, señor Damon —el botones guiñó maliciosamente un ojo—, ¿también le gustan a usted las rubias?

—También —sonrió Dag—. ¿Qué tienen de malo las rubias?

—¡Nada! —Se echó a reír Leslie—. Que yo sepa, nada. Pero como ayer esperaba a una morena…

—En la variación está el gusto, jovencito. ¿O no?

—¿Sabe? Yo creo que sí, señor Damon. Pero, claro, también depende de cómo sea la morena. Usted me entiende. Mire, ahí está la de ayer… ¡Hey! ¿No será ésa su… novia o algo así…?

Dag Damon se volvió discretamente hacia donde había señalado el avispado muchacho, y vio a la morena.

—No. No es ésa, Leslie. Y es una lástima.

—¿Sí? Pues si yo tuviera su edad y su tipazo, señor Damon, le aseguró que esa morena no se me escapaba. Mire… Creo que le está mirando a usted…

—Será por mi tipazo —rió Dag—. Tengo la impresión de que eres un granujilla de cuidado, Leslie.

—Hombre, señor Damon…, cada uno hace lo que puede. La vida hay que vivirla, ¿no le parece?

—Sí… Sí, Leslie, la vida hay que vivirla. Ya nos veremos luego. Y no te pierdas detalle, ¿de acuerdo? Si llega una morena preguntando por mí, que se espere. ¿Okay?

—¡Okay! —rió el muchacho.

Dag saltó a la lancha y miró de reojo a Philbrook, que la apartó inmediatamente del embarcadero. Poco más allá, la «Dyana» empezó también a moverse, directa hacía alta mar. En la «Pompano», el tontorrón de Bobby hizo una broma aludiendo a Rosalind y a Dag, y todos soltaron una risita.

—Hoy vamos a ir cerca de la costa —dijo Philbrook—, y nos dedicaremos un buen rato a las señales de brazos. Tú mismo, Dick, ve a llamar por la radio al señor Grover a la «Dyana», y dile que nos siga, que tenemos que cambiar señales con los brazos.

—¿Hoy también? —protestó Dick.

—¿Por qué no? Ya sé que os parecen una tontería teniendo una radio, pero nunca se sabe cuándo se podrá necesitar una cerilla, aunque tengamos un encendedor. Vamos, vamos, avisa a los de la «Dyana». Que nos sigan.

—Sí, señor.

Finalmente, terminaron las señales con los brazos. Las dos lanchas estaban separadas por unos ochocientos pies, así que habían decidido usar prismáticos.

—Hacedlo bien —recomendó—. Los de la otra lancha están tomando nota de todas las letras, y luego, Grover y yo cambiaremos los resultados, a ver qué tal emitís y recibís las señales. Y no olvidéis que tengo bien apuntadas todas las letras que os voy dictando. No es fácil que se me pase por alto cualquier fallo. Sigamos, Albert…

Dag Damon miraba con los prismáticos hacia la otra lancha. La posibilidad de que el tal Grover fuese alguien perteneciente al

grupo de espías pasó por su mente, pero sólo un segundo. No había que exagerar. A fin de cuentas, el mensaje iba dirigido hacia la costa… hacia la muchacha rubia. A medida que Philbrook iba dictando las letras, éstas iban quedando grabadas en el mecanismo especial de la gran cámara fotográfica de Dag, que parecía muy interesado en aquel sistema de comunicación. Pero más interesado aún en mirar, de cuando en cuando, hacia la costa, con los prismáticos, aun sabiendo que era absurdo tener siquiera la esperanza de ver a la mujer rubia por allí.

—Bueno, basta por hoy. A ver, Eveline, toma tú los mandos ahora. Quiero qué describas un círculo con diámetro de una milla. Bobby, calcula la velocidad, y si Eveline ha maniobrado bien, lo sabremos cuando haya pasado el tiempo exacto… Regreso en seguida.

Se dirigió a la cabina. Empujó la doble puerta batiente y desapareció. Dag Damon vaciló sólo un instante. Luego fue tras él. Empujó las puertas con gran cuidado, entró en la cabina y vio a Grant Philbrook de espaldas a él, mirando por el tragaluz lateral, hacia la costa, con unos plasmáticos. El
G-man
sonrió fríamente.

—Es inútil, señor Philbrook. No la verá.

Grant Philbrook se volvió rápidamente, sobresaltado. Su rostro perdió el color.

—¡Señor Damon! ¿Que hace aquí? ¿Qué quiere?

—Sólo quiero un papel. El de los entrenamientos de señales. Démelo, Philbrook. Me ahorrará un trabajo. El juego ha terminado.

—¿De qué juego está hablando? ¿Puedo servirle en algo?

—Oh, vamos —gruñó Dag—. No es posible que sea tonto, además de ingenuo. ¿De veras piensa que la vigilancia del FBI es tan sencilla como para burlarla por el simple hecho de salir de noche de su dormitorio o enviar mensajes por medio de combinaciones matemáticas?

—No… No sé de qué habla… —Palideció del todo Philbrook.

—Lo sabe perfectamente. Pero hay cosas que no sabe. Por ejemplo, anoche, después que usted se fue del *bungalow* de Merry Heywood, los tres murieron. Dos de ellos, peleando con nosotros, con el FBI. El otro quedó destrozado cuando al poner en marcha su

coche, éste reventó. ¿Desconcertado, Philbrook? Creo que no… Usted lo va entendiendo muy bien ahora; el coche fue preparado, apenas llegar ustedes, es decir, sus amigos del *bungalow*. Mis compañeros y yo llegamos unos minutos después… Para entonces, «alguien» había preparado ya la explosión en el coche, y se marchó; querían matarlos a los tres. Y ahora, después de que usted ha enviado ya el mensaje que recibieron por medio del… televisor, usted mismo está también condenado a muerte. No quieren dejar pistas, Philbrook. ¿Me he explicado bastante bien? Ahora, deme ese papel.

—¿Quién es usted?

—Dagobert Delano Damon, agente especial del FBI. Como ve, nos tiene más cerca de lo que imaginaba, Philbrook. Por favor…, ¿de verdad no había sospechado de mí? ¡Es increíble!

—Usted…, usted está loco. No sé de qué habla…

—Deme ese papel. Luego, Philbrook, va a volverse de espaldas, para que pueda atarlo y tengamos el viaje de vuelta en paz. ¡Vamos, deme ese papel!

—Sí… Está bien… Todo esto es un error, pero ya se aclarará… Le voy a dar el papel.

—Magnífico. Pero aún hará más, Philbrook, va a descifrármelo. Así, ahorraremos trabajo a la computadora del FBI. Hay que ser ahorrativos.

Grant Philbrook sacó el papel del bolsillo superior de su chaquetón azul, y adelantó hacia el
G-man,
tendiéndolo. Dag Damon contuvo una dura sonrisa. Se limitó a tender su mano derecha hacia el papel, confiadamente… No se alteró lo más mínimo cuando Philbrook asió su mano derecha con la izquierda, y con la derecha, le lanzó un impresionante golpe a la barbilla. No. No se alteró. Todo lo que hizo fue apartar su cabeza de la trayectoria, con un sorprendente juego combinado de cuello, cintura y piernas. Y al mismo tiempo, con la izquierda, propinaba a Philbrook un espantoso golpe en pleno estómago, que lo dobló, lívido el rostro, sin aire en los pulmones. Philbrook cayó de rodillas y el
G-man
recogió el papel del suelo, tranquilamente. Le echó un vistazo, y

sonrió malignamente.

—En realidad —comentó— ahora este papel sería descifrado en Washington en menos de cinco minutos, pero ni siquiera eso será necesario. Siéntese ahí, Philbrook, y dígame: ¿qué dice este mensaje?

—Estoy… estoy muy… muy mal… Me ha reventado el… estómago…

—¡Qué barbaridad! Usted sí que no tiene idea de lo que dice. Le ayudaré a sentarse, si tan mal se siente. Deme la mano.

Lo ayudó a ponerse en pie. Grant Philbrook estaba todavía encogido, desencajado el rostro, pero de nuevo hizo un tonto intento. Se enderezó de pronto, y otra vez quiso golpear al G-man con su mano derecha, convertida en descomunal puño…, que quedó frenado en la palma de la mano de Dag, con seco chasquido. Y acto seguido, sin perder la compostura ni siquiera por una fracción de segundo, Dag volvió a golpear a Philbrook en el estómago.

Sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada.

—¿Fred?

—Hola, Dag. ¿Ya tienes a Philbrook?

—Sí. ¿Qué hay de la chica rubia?

—Nada. No se la ve. Somos diez hombres buscando por la costa, cerca del mar. Estamos viendo la «Pompano» y la otra lancha… Pero ni rastro de la chica.

—¡Ella tiene que estar por ahí, cerca de vosotros! De otro modo, Philbrook no habría enviado las señales en este punto… ¡Tiene que estar muy cerca!

—Hay muchas matas, pinos y palmeras por aquí, Dag. La estamos buscando, pero si ella se esconde. No sé. Hacemos lo que podemos.

—¿Qué sabes de Rosalind Lovinson?

—Nada. Sigue en su casita.

—¿Estás seguro?

—James la está vigilando. Asegura que la chica está allí, que no ha salido para nada. O ella no es la rubia que estamos buscando, o, si lo es, la estamos buscando en vano por esta playa, lógicamente.

—No, no, no… Yo lo diría de otro modo, Fred. O no la estáis buscando bien, o ella ha salido de la casa sin que James la viese.

—¡Imposible!

—¡Qué imposible ni qué…! ¡Llamad a James a su coche, que se asegure completamente de que Rosalind está en su casa! Y vosotros, seguid buscando, maldita sea…

—Hoy también tienes mal día, ¿eh? —Gruñó Fred—. ¿Qué demonios te crees que estamos haciendo? ¿Por qué no vienes tú a ayudarnos, si tan listo eres?

—Pues no es mala idea. Se ha tendido un cerco y esa chica rubia, sea o no sea Rosalind Lovinson, tiene que estar dentro. ¿Ni siquiera habéis visto por ahí un coche que deje señales de neumáticos que ya conocemos?

—Ningún coche, ninguna chica, ninguna señal de neumáticos…

—Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Es todo. Voy allá.

Se guardó la radio, miró hoscamente a Philbrook. Y, poco después, se dedicaba a atarle las manos a la espalda. Sería suficiente. Asomó la cabeza por las puertas que daban a cubierta y gritó:

—¡Eveline, el señor Philbrook se encuentra mal! ¡Pon rumbo al club!

—¡Okay, señor Damon!

CAPÍTULO XV

Cuando la lancha «Pompano» se detuvo en el embarcadero del Te Be A Sailor Club, los alumnos estaban en cubierta, mirando impresionados a Dag Damon y a Grant Philbrook, este último con las manos atadas a la espalda; estaba muy pálido, y en su mandíbula destacaba una zona oscura, como recuerdo del tremendo puñetazo propinado por el agente del FBI.

Por lo demás, todo seguía normal, y nadie les hacía excesivo caso. La lancha «Dyana» se había quedado en la pequeña cala donde habían estado cambiando señales. Un simple incidente: el señor Philbrook estaba indispuesto. Eso habían creído los alumnos, hasta que lo vieron salir, atado, llevando detrás al gigantesco Dag Damon.

—No es nada que les incumba —farfulló el
G-man
—. De modo que desembarquen y ocúpense de sus cosas. Mañana seguirán las clases… Supongo que el club no tendrá dificultades en encontrar otro instructor.

Cambiando excitados comentarios, los alumnos comenzaron a saltar al embarcadero, pero se quedaron allí, remoloneando, mirando hacia Dag y Philbrook. Varias personas comenzaron a acercarse, lentamente, dándose cuenta de que estaba sucediendo algo. En lo alto de la palanca de la piscina grande, dos atléticos jóvenes señalaban hacia allá, olvidados de su intento de zambullida. En la playa, muy cerca, había un montón de chicas en bikini, tomando el sol, y no se enteraron de nada; pero otras personas sí notaron algo… Dag frunció el ceño, disgustado. No debía haber atado a Philbrook. A fin de cuentas, podía dominarlo de todos modos, pero había querido evitar complicaciones…

—¡¡¡AAAAHHHaaAAAAaaHHHH…!!!

El alarido de Grant Philbrook los sobresaltó a todos. Ante docenas de ojos, el espía efectuó un salto hacia atrás, regresando

acrobáticamente hacia la lancha, en cuya cubierta cayó de cabeza, rebotó y quedó inmóvil, de bruces. Por un segundo, Dag Damon quedó petrificado, desconcertado, pistola en mano, mirando a su alrededor, como si le costara comprender. Su mirada iba de un lado a otro, pero no veía nada que le ayudase a encontrar la solución. El grito de Philbrook había sido tan fuerte, tan estertóreo, que todo el mundo se había vuelto por fin hacia el embarcadero, con gestos sorprendidos, perplejos, curiosos…

Damon saltó a la lancha, dio la vuelta al cuerpo de Grant Philbrook y se quedó mirando, el gran manchurrón de sangre que tenía en el centro del pecho. Philbrook lo estaba mirando, con ojos desorbitados, crispados los labios; al caer se había abierto una brecha en la cabeza, de modo que su aspecto general era de verdad lastimoso.

—No se mueva, Philbrook. Y espero que lo entienda: han querido matarlo, igual que querían hacerlo anoche con sus tres amigos. Sólo que, según parece, han disparado desde muy lejos, con un rifle silencioso, y no han podido afinar la puntería…

—Me… estoy… muriendo…

Dag se estremeció. Era cierto. El disparo no había sido mortal, instantáneo, pero sí lo era de necesidad. Grant Philbrook ni siquiera llegaría vivo a la noche. Eso con suerte… Sacó la radio, sin importarle ya el gran grupo de curiosos que había en el embarcadero, mirándolos.

—¿Fred?

—Dime, Dag.

—Han disparado contra Philbrook… ¡Y no me preguntes quién ha sido, ni cómo! ¿Me entiendes?

—¿La rubia?

—¿Quién si no? Ella no está aquí ahora, Fred; en el club, o muy cerca. Tomó el mensaje, se filtró entre vosotros y vino al club, a esperar a Philbrook, para matarlo.

—Dios… ¿No sabes desde dónde ha disparado?

—No. Desde una palmera, desde una ventana, desde el tejado, desde un coche… ¡Yo qué sé! Ha usado un rifle silencioso. Fred, venid hacia aquí, pero tened mucho cuidado: es una fiera. Y en estos momentos quizá esté acorralada. El disparo ha tenido que hacerlo desde aquí a un máximo de mil pies del embarcadero, si

suponemos que ha usado mira telescópica. Venid en seguida… Y llama a la Delegación, por la radio del coche, al jefe, y al inspector Hadaway. Diles lo que ha ocurrido, que envíen una ambulancia… Philbrook está vivo, pero no por mucho tiempo.

—Entiendo. Vamos para allá, directos al club y sus terrenos privados. La atraparemos, Dag. Ah, oye, llamé a James: tu rubia Rosalind está en casa, no se ha movido, no ha salido… Con absoluta seguridad. ¿Está claro?

—Ya hablaremos sobre eso. Pide en seguida la ambulancia y venid. Hay que cazar a esa fiera.

—Vamos volando.

Damon cerró la radio y se quedó mirando hoscamente a Grant Philbrook.

—Ya lo ha oído: sabemos que es una mujer la que está realizando todo el trabajo. Colocó una bomba en el coche de Giles Thompson y ahora ha disparado contra usted. ¿Sigue sin creerme?

—Tengo que creerlo… por fuerza… Me… me muero…

—Tranquilícese. Pronto llegará una ambulancia y será atendido lo mejor posible, se lo garantizo. Pero insisto, Philbrook: cuando las cosas se han complicado un poco no han vacilado en sacrificarlos… ¿No quiere decirme qué mensaje envió con las señales de brazos que iba dictando a sus alumnos?

—Se lo voy… a decir, ya que ellos han… han hecho esto… El mensaje decía: «El plan queda… aplazado hasta nueva orden. Acabe sus propios planes de seguridad personal y permanezca inactiva». Eso es todo.

—¿No conoce usted a la mujer, Philbrook? ¿No sabe su nombre?

—Ni siquiera sabía que… que los mensajes los recogía una mujer.

—Entiendo. Dígame, ¿cuál es el plan? ¿Qué estaban preparando ustedes cinco?

—Se estaba preparando el… el rapto del… del presidente Nixon…

Dag Damon quedó pálido como un muerto.

—¿Está loco? —Casi gritó, con voz destemplada—. ¡Jamás habrían podido conseguir eso! ¡Déjese de estupideces, Philbrook!

—Le estoy diciendo… la verdad Hay… hay en Washington dos hombres que…, que gozan de la confianza del presidente y… y en

breve iban a salir en un *week-end* en un yate, llevándolo como… invitado. Esos dos hombres de Washington iban a ser provistos de tubos de… de gas a presión y lo soltarían en el yate, durmiendo a todos; al presidente, a sus hombres de seguridad, a la tripulación, a ellos mismos…, para que no sospechasen de ellos… Una señal sería suficiente para que se acercase un helicóptero, que recogería al presidente y…, y lo llevaría mar adentro, a cierto… lugar donde estaría… esperando un submarino.

—Ese submarino…, ¿sería ruso?

—No… Estoy… estoy muy mal.

—¿Qué clase de submarino? ¿De qué nacionalidad?

—No sé… Es una… organización particular que… que pensaba vender… vender a míster Nixon a… a… un país árabe… para que pudieran presionar a Estados Unidos… cortando toda… clase de ayuda de personal y… material a… a Israel…

—¿Qué clase de organización es ésa? ¿Dónde está el jefe?

—No sé… En Canadá, me parece. El único que sabía algo, muy poco, era… era Giles… Giles se llamaba Iván… ruso… no trabajaba para Rusia… gente que…

Grant Philbrook dejó de hablar. Quedó con los ojos abiertos, fijos en el luminoso cielo azul, sin una sola nube. Durante unos segundos, Dag Damon estuvo mirándolos; luego, los cerró suavemente, y se incorporó. Llamó por señas a dos de sus compañeros de aprendizaje en la «Pompano», envió a uno a por algo para cubrir el cadáver y les encargó a los dos que se quedaran allí, sin permitir que nadie se acercase. Los dos muchachos se dispusieron a obedecer, impresionados, y el *G-man* saltó al embarcadero, mascullando órdenes para que cada persona volviera a ocuparse de sus asuntos. Su gesto era tal que nadie vaciló en alejarse, formando pequeños grupos, haciendo comentarios.

—Si busca a su morena, ella se fue, señor Damon.

—Hola, Leslie. Será mejor que vayas a tu trabajo, chico.

—Sí, señor. ¿Qué…, qué ha pasado?

—Cosas. Eres muy joven aún para… ¿A qué morena te refieres?

—Oh, bueno, a la de esta mañana, ¿la recuerda?

—Sí… La que me señalaste. La misma que estuvo ayer por aquí, ¿no? Mmmm… ¿Se ha marchado?

—Sí, señor. Parece que ella no es curiosa. ¿Es verdad que…?

—Leslie, espera —susurró Dag—. ¿La morena se ha marchado? ¿A pie? ¿Alguien la esperaba, quizá?

—Se fue en un coche. Mientras todos corrían hacia aquí, ella subió al coche y se fue.

—Por Dios… ¿Cómo era el coche, Leslie?

—Uno grande, azul, con la capota blanca… Un hermoso coche, marca «Comet». Entiendo algo de esto. Mi hermano mayor…

—¿Dónde estaba el coche estacionado? ¿Lo recuerdas?

—Claro… Bueno, más o menos. A mi hermano, los coches le…

—¡Llévame a dónde estaba ese coche! ¡Vamos!

Caminaron los dos rápidamente hacia el estacionamiento. Leslie vaciló un instante, pero luego señaló determinado lugar.

—Juraría que estaba en este número, señor.

El agente del FBI se acercó, miró al suelo y una oleada de sangre subió a su rostro. De buena gana se habría abofeteado… En el suelo, de nuevo, claramente visibles, estaban las marcas de neumáticos que ya conocía. Una chica morena… ¿Y qué? ¿Habían estado tontos todos?

—¿Te fijaste en la matrícula, Leslie?

—¿La…? Pues no… No, señor. ¿Era importante?

Dag soltó un gruñido, corrió a su coche, entró, bajó la tapa del salpicadero y recurrió a la radio de mucho más alcance que la de bolsillo.

—¡James! —gritó.

—¡Dag! —Oyó a Fred Killman—. ¿Qué pasa?

—¿Quién habla contigo? —aulló Dag—. James, ¿me estás oyendo?

—Tranquilo, Dag —oyó la voz de su compañero James Charlton —. Te oigo perfectamente. En cuanto a tu chica, ya le dije a Fred…

—¡Deja eso ahora! ¡Olvídala! ¿Estás todavía delante de su casa?

—Claro…

—Escucha bien esto, James; un coche «Comet» azul, con capota blanca, ha salido hace… tres minutos del To Be A Sailor Club. Tiene que estar llegando ya a Woodland Beach. Al volante va una chica morena, muy bonita, esbelta, gran tipo, alta… Abandona

inmediatamente la vigilancia de Rosalind Lovinson, colócate a la entrada de Woodland Beach y, cuando pase ese coche, lo sigues. ¿Vas entendiendo?

—Estoy en marcha ya hacia la entrada del pueblo. ¿Qué más?

—No te acerques a ese coche más de lo imprescindible. Sólo eso, James. Si se queda en Woodland Beach, toma nota de la dirección y queda vigilando a la morena. Si cruza Woodland Beach y va hacia otro lugar, síguela con la máxima cautela. Llamas a Washington y les dices cómo es el coche, su matrícula y quién lo conduce… Desde el Departamento que movilicen varios coches y los que puedan de autoridades locales, de patrullas de caminos…

—¿El cerco completo, Dag?

—Exactamente eso. Vas dando indicaciones por la radio… Quiero que todas estas carreteras estén llenas de coches que puedan vigilar el paso del «Comet» azul y blanco… James, arréglatelas como quieras, pero necesito saber dónde va a parar ese coche. Pero, si esa chica morena se da cuenta, te estrangulo. ¿Okay?

—Okay. El señor será servido… ¡Dag! ¡El coche! ¡Está ya entrando en Woodland Beach! Si me descuido un segundo, se me pasa por alto.

—¡Síguelo! ¡Ya sabes lo que te he dicho! Y, James, mucho cuidado; esa mujer es nuestra asesina.

—¿No era rubia?

—¡Vete al cuerno! Fred, ¿nos estás oyendo?

—Claro. ¿Ayudamos a James? Estamos en tres coches, Dag.

—¡Ayudadlo! ¡Quiero que hagáis relevos en esa persecución y los quiero bien hechos! Os llamaré cuando pueda y quiero que me digáis dónde está esa mujer. Sólo eso. El inspector Hadaway llegará de un momento a otro y él dirá la última palabra. Es todo.

CAPÍTULO XVI

—Asombroso —fue el comentario final de Clarence Hadaway—. Un plan audacísimo, Dag. Habrá que avisar al presidente y buscar a esos dos personajes que gozan de su confianza. Aunque no debemos preocuparnos demasiado ya. Además, el plan ha sido… aplazado.

—Si conseguimos atrapar a esa mujer, sabremos quiénes son los dos puercos traidores, señor. La última noticia es que ella iba hacia Washington. No creo que logre escapar del cerco. No debe tener idea de que está localizada y controlada en todo momento.

—Esperemos que así sea —murmuró Hadaway—. Bien, parece que ya nada tenemos que hacer aquí… ¿Qué está pensando?

—Esa mujer… Es morena. Fred me dijo anoche que una mujer morena había estado llamando a la puerta de la casa de Rosalind Lovinson. Me pregunto si es la misma, señor.

—¿Cree que fue a casa de la señorita Lovinson? ¿Por qué?

—No sé…

Se quedaron los dos mirando la ambulancia en la que había sido colocado el cadáver de Grant Philbrook. De un grupo de cuatro espías no quedaba ninguno. Estaban rodeados de personas silenciosas, impresionadas. El inspector Cosgrove, con los agentes Phil Kook y Lew Garrett, mantenían una hosca guardia.

—Quería matarla, Dag.

Damon respingó fuertemente.

—¿Cómo, señor? ¿Qué, de qué habla?

—De esa morena. Ella sabía que estábamos buscando una rubia. Quizá algo relacionado con Tom Samish. ¿Recuerda la expresión de gran asombro del pobre viejo, que usted mismo hizo notar?

—Sí… ¡Por Dios! Él debió verla, y por eso se fue al taller a esperarme ya, sin preocuparse por ver a Rosalind Lovinson. Y la morena le siguió y le mató. Pero ¿por qué ha de querer matar a la señorita Lovinson? ¡Oh…! ¡No…!

—Dígalo —sonrió secamente Clarence.

—Ella…, ella sabía que tenían que morir sus cuatro enlaces en este asunto. Y para acabar de desorientarnos definitivamente, quería matar a Rosalind, para que nos creyésemos que era ella la asesina y que, como los demás, había sido eliminada por temor a que la descubriéramos. De este modo, ella podría moverse con toda libertad, estar completamente tranquila.

—Eso pienso yo —murmuró Hadaway—. Es muy lista, Dag. Habrá que tener mucho cuidado con ella. Muchísimo cuidado. Ahí viene Cosgrove y los muchachos.

Cosgrove, Kook y Garrett llegaron junto a ellos. Los cinco estuvieron contemplando la ambulancia, que se alejaba del club. Luego se pusieron de acuerdo según la distribución que había hecho Hadaway y cada cual fue al coche en que viajaría hacia Washington. Salieron inmediatamente.

Y hacía un par de minutos que habían cruzado el puente sobre el Patuxent River, cuando sonó la llamada a la radio.

—Hadaway —murmuró—. ¿Noticias?

—La tenemos, señor, está en Washington —se oyó la voz de Fred Killman—. Estoy con Charlton, muy cerca de donde ella ha entrado con el coche. No escapará.

—Buen trabajo —elogió el inspector especial—. Que se retiren los coches que no sean de los nuestros. Quiero un cerco absoluto alrededor de ese lugar, Fred. ¿Dónde está?

—En una quinta, señor. En Maine Avenue, de espaldas al Washington Channel. Una hermosa quinta. Ella ha entrado con el coche, lo ha dejado en el garaje y ahora está en la casa. La número 272 de Maine Avenue, señor.

—Vamos hacia allá. Eso es todo, Fred.

CAPÍTULO XVII

—¿Vamos a esperar mucho tiempo más, señor? —Delató al fin su impaciencia Dag Damon—. Son casi las siete. Se hará de noche…

—Eso es lo que estamos esperando, Dag. Quiero entrar en esa casa de noche. De ninguna manera permitiré que esa mujer nos vea llegar.

—No creo que eso importe. ¿Por qué habría de impor…? ¡Llega un coche, señor! Está entrando en la quinta…

Hadaway estaba mirando el reluciente auto que, efectivamente, estaba entrando en el espacioso jardín. A ciegas, requirió la radio, abriendo la comunicación.

—Hadaway —dijo—. Sé que ha entrado un coche. Que nadie se mueva de su puesto hasta mi orden.

Cerró la radio, miró su reloj y encendió dos cigarrillos, tendiendo uno a Dag Damon, cuya impaciencia había desaparecido de pronto.

—Sorprendente, ¿no es cierto? —sonrió Clarence—. Parece que van entrando más peces en la red.

—¿Presentía usted eso, señor?

—No, sinceramente. Sólo esperaba la noche. Si esa mujer nos ve llegar, pueden complicarse las cosas… Ahí tenemos otro coche. ¿Son estúpidos esa gente?

—Detrás llega otro coche. Y parece que también va a entrar, señor. Sí… ¡Ha entrado!

Miró a Clarence Hadaway y, por primera vez, vio un gesto de perplejidad en el rostro de aquel hombre, cuya lucidez mental había sido evidente en todo momento. Una lucidez casi diabólica, aterradora, para quien no perteneciese al FBI.

—Tres coches —susurró Clarence—. ¿Qué está pasando?

Dos minutos más tarde, otro coche entró en la quinta. A las siete en punto, un quinto coche. Luego, hacia las siete y diez, seis coches

más entraron en el hermoso jardín de la quinta.

—Por todos los demonios —jadeó Dag—. ¿Qué está tramando esa mujer ahora?

—Una fiesta. Esa mujer está introducida en círculos importantes de Washington, tiene obligaciones sociales… y no puede desatenderlas ahora. La invitación a la fiesta debía estar ya en curso, lógicamente. Y están llegando los invitados. Entre ellos, Dag, hay dos que estoy seguro nos interesarán mucho.

—¡Los traidores! —exclamó el
G-man
—. Entiendo. ¡Creo que lo entiendo bien todo ahora, señor!

—Pues explíquelo —sonrió amablemente el inspector especial.

—Las entrevistas de esa mujer con los dos traidores que iban a ayudarla a raptar al presidente se realizan en fiestas así, en reuniones de altos vuelos. Ella fue introducida no hará mucho en la *high society* por uno de esos hombres. Debe manejar mucho dinero…

—Exacto. En cada reunión ella les va poniendo al corriente de la marcha del plan. Hoy, sin duda, tendrá malas noticias que darles; el plan ha sido aplazado. Bien… Dentro de una hora aproximadamente será de noche. Entraremos así, como un coche más lleno de invitados, y los muchachos lo harán a pie, acordonando toda la casa, escondidos en el jardín… Voy a llamar a Cosgrove, para que se pase a nuestro coche.

CAPÍTULO XVIII

Hacia las ocho y cinco, ya oscurecido, el coche que conducía Dag Damon, con los inspectores Hadaway y Cosgrove detrás, entró en el jardín de la quinta y fue directo hacia el garaje. Los tres hombres se apearon, miraron un instante hacia la casa, cuyas ventanas estaban profusamente iluminadas en la parte baja, y se separaron, sin decir una sola palabra. Los dos inspectores hacia el garaje, el agente especial a la parte de atrás de la quinta.

Fue el último en volver al coche y asintió con la cabeza.

—Hay un bonito palomar allá detrás —musitó.

Cosgrove señaló el interior de su coche y Dag se asomó. En el asiento de atrás vio la pequeña pistola; un rifle desmontable fácilmente, con mira telescópica; unos grandes lentes de sol; bolso de playa y una peluca rubia.

—Estaban bajo el asiento del coche azul y blanco —murmuró Cosgrove—. Y los neumáticos son los que hemos estado buscando.

—Bien… Me pregunto qué más estamos esperando, señor.

—Vamos a por ella —dijo Hadaway, sonriendo—. Espero que no nos impidan el paso por no llevar *smoking*.

Subieron la amplia escalinata y pasaron impertérritos entre los dos criados que había en el vestíbulo. Cruzaron éste y entraron en el grandioso, casi fastuoso salón, donde los invitados departían alegremente, formando pequeños grupos. Un criado fue atraído inmediatamente, no poco atónito, por la deportiva indumentaria del G-man
Damon, el cual buscaba con la mirada, dura y fría, examinando cada grupo.

—Perdone, señor… —murmuró el criado—. ¿Pueden decirme…?

—Ahí está —susurró Dag—. ¿La ven? Es la más joven de aquel grupo. Está con tres señoras y tres señores.

—Vista —dijo Cosgrove—. ¿Vamos, Hadaway?

El criado intentó detenerlos, agitando las manos ante ellos. Los tres hombres del FBI iban directamente hacia la chica morena, que había palidecido.

—Me ha conocido —dijo Dag—. Veamos qué intenta. Ella me ha visto varias veces en el club y ha comprendido que todo ha terminado… Cuidado…

La muchacha morena, sonriendo, acababa de separarse del grupo de invitados y caminaba lenta, armoniosamente, hacia un lado del salón, directa hacia una gran puerta lateral. Su intención fue adivinada claramente por los federales, y Dag se apresuró a colocarse ante aquella puerta.

Los invitados se estaban dando cuenta de que algo ocurría. Unos miraban hacia los G-man, otros hacia su anfitriona… De pronto, ésta metió una manita en el escote, dio un suave tirón y sacó algo muy pequeño entre los dedos, mientras las pistolas aparecían en las manos de los hombres del FBI. Se oyeron exclamaciones, gritos de sobresalto, los invitados se movieron inquietos.

—¡Dag! —gritó Hadaway—. ¡Deténgala! ¡Va a…!

Damon echó a correr hacia el centro del salón, por un claro camino que se le abrió al instante. Efectuó un largo, asombroso salto, cuando ya la muchacha se había llevado la mano a la boca. El G-man chocó contra ella, rodaron ambos por el suelo y en seguida él la colocó boca arriba. Había soltado la pistola y su mano izquierda se clavó en la garganta de la muchacha, mientras la derecha apretaba las mandíbulas, intentando obligarla a abrir la boca. Fue el único que oyó, entre las mandíbulas de la muchacha, aquel ligero crujido. Y, al instante, la muchacha dejó de forcejear. Dag Damon quedó petrificado de espanto, estremeciéndose en seguida. Una gran palidez apareció en el hermoso rostro de la muchacha de los cabellos negros.

Cosgrove y Hadaway llegaron junto a él, se arrodillaron.

—¿La ha mordido, Dag? —exclamó Hadaway.

—Lo… lo siento, señor. No he podido impedirlo… ¡Voy a avisar inmediatamente una ambu…!

—No se moleste. Si ha roto la cápsula de veneno, ya no hay

nada que hacer No vivirá ni un minuto… Avise a la Morgue… una vez más. Cosgrove, que nadie salga de aquí.

El inspector y el agente se movilizaron en el acto, mientras Clarence Hadaway contemplaba, con una frialdad sobrecogedora, el rostro de la muchacha, que iba palideciendo más y más y sufría bruscas crispaciones. De pronto, dejó de moverse y los ojos quedaron fijos, inmóviles, mientras una ligera espuma aparecía por un lado de la boca.

—¿Ha muerto, señor?

Hadaway se puso en pie, mirando a Dag, que estaba pálido.

—Sí.

—Lo lamento. Salté, pero…

—Fue inevitable. Ni yo mismo pude impedirlo. Son cosas que pasan, Dag.

—Bien… Parece que no podremos saber quiénes son los dos traidores, señor. Tendremos que interrogar a todas estas personas, pero… No va a ser fácil.

—Veamos qué quiere Cosgrove.

Cruzaron por entre el grupo de invitados, que no sabían qué hacer. La impresión era demasiado grande para todos, y en el fondo, aún no comprendían lo que estaba sucediendo Cosgrove señalaba fuera y los tres cruzaron rápidamente el vestíbulo, salieron a la escalinata y se quedaron mirando a los dos hombres que se debatían, protestando airadamente, entre los fuertes brazos de los agentes federales que habían estado rodeando la casa, escondidos en el jardín.

—Querían marcharse —susurró Cosgrove—. Mientras todo el mundo gritaba, en la confusión, ellos salieron y querían marcharse. Son nuestros hombres, sin duda, Hadaway.

Los dos caballeros, elegantísimos con su *smoking,* seguían protestando airadamente, pálidos sus rostros. Dag Damon adelantó un paso hacia ellos con los puños cerrados, encajadas las mandíbulas…, pero Hadaway lo retuvo suavemente, por una manga.

—Cállense —dijo fríamente, y fue obedecido en el acto—. Muchachos, llévenlos al Departamento de Justicia y manténganlos incomunicados y bajo estrecha vigilancia. Es todo.

Cosgrove, Hadaway y Damon se quedaron mirando cómo sus

compañeros se llevaron a los dos hombres, que habían enmudecido. Por fin, Dag musitó:

—Lo que más siento de todo esto, señor, es la muerte de Stuart… Y ni siquiera hemos podido asistir a su sepelio.

Clarence Hadaway se volvió hacia él, lo miró afectuosamente y le palmeó en el hombro, de pronto, sonriendo con una suavidad sorprendente en aquel rostro que parecía de piedra.

—Él lo entenderá, Dag. Podemos estar seguros de eso. Bien. Hay que acabar con eso. Tenemos otra noche en blanco por delante, pero apuesto a que valdrá la pena; vamos a poner punto final al asunto de… una morena y una rubia.

ESTE ES EL FINAL

Detuvo el coche delante de la casa, vaciló y, por fin, acabó de decidirse. Al fin y al cabo, no había viajado desde Baltimore para no hacer la visita ahora… Durante toda la semana, después de finalizar todo el conjunto de informes, no había hecho otra cosa que pensar en ella. ¿Por qué no darle otra oportunidad a la muchacha? Además, sabía que podía… corregirla. Poco a poco, con paciencia, Dag Damon estaba convencido de que la iría modelando a su gusto a la preciosa rubia. Por lo menos, lo intentaría. Aunque, claro, al principio, cediendo un poco.

De momento iba a buscarla, a las seis de la tarde, vestido de modo… informal: zapatillas deportivas, *blue-jeans*, camisa de color rojo rabioso, chaqueta de cuero… Poco a poco la iría «trabajando» hasta convencerla de que debía superar aquellas tonterías de *hippie*… Eso haría.

Se encontró delante de la puerta, pero no llegó a pulsar el timbre. Se había equivocado de casa. No… no, no, seguro. La casa era aquélla. La casa, el jardincito, el número… Era allí. Sin embargo…

Aplicó el oído a la madera y estuvo escuchando unos segundos, quedando más atónito a cada instante. Demonios, aquella música no tenía nada que ver con el *soul* y cosas así. O él estaba pésimamente de los oídos, o lo que estaba oyendo era… Sí… ¡Sí, sí! Era la Pequeña serenata nocturna, de Mozart.

O sea, que se había equivocado de casa, definitivamente. Cosa graciosa para un agente del FBI. Bajó del porche, se alejó, volvió a mirar el número y la casa. ¡Qué demonios, aquélla era la casa y no había más que hablar! ¿Se habría mudado de alojamiento su rubia Rosalind?

Aterrado ante esta idea, Dag Damon regresó rápidamente al porche, tocó el timbre y esperó, impaciente. La puerta se abrió

segundos después y una encantadora, elegantísima y sosegada muchacha, con sutilísimo aroma de perfume adecuadísimo, quedó en el umbral.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Se… señorita Lo… Lovinson… ¿Es… es usted?

—¡Señor Damon! —gritó Rosalind—. ¡Oh! ¿Es usted?

—Yo… Sí… Creo que soy yo… Es decir, soy yo, pero no creía… ¿Estoy oyendo a Mozart?

—Pu… pues… Oh, es… es un disco de una amiga, que… que ha querido convencerme de que la música clásica es… ¿No quiere pasar?

—Sí… Gracias…

Entró, ella cerró la puerta, pareció a punto de decir algo y el G-man
le exigió silencio con un gesto. Atónito al máximo, fue examinando aquella casa. Bellos cuadros, libros, todo limpio, ordenado, muestras de gusto exquisito en los adornos… Ni rastro de revistas ni de posters. Era otro lugar, simplemente. El lugar que a él le gustaba, con toda exactitud.

—Demonios —mascullló al fin—. ¡No me diga que todo esto es obra de su amiga, la misma que le ha dejado Pequeña serenata nocturna!

Se fue directo hacia la discoteca y comenzó a examinar los discos: Rachmaninoff, Debussy, Gershwin, Listz, Brahms, Beethoven… Lo mejor de lo mejor en música. Al menos para su gusto, claro. De pronto, frunció el ceño y se volvió rápidamente hacia Rosalind.

—Oiga, encanto —mascullló—. Mi nombre es Delano… No… Mi nombre es Dagobert Delano Damon y soy agente especial del FBI. Eso quiere decir que no va a poder seguir tomándome el pelo. ¿Okay? De modo que ya me está explicando qué significa esta… pantomima. ¿Sabía usted que iba a venir?

—No.

—¿Pues por qué demonios ha organizado todo este decorado?

—No…, no es un decorado, señor Damon… Yo siempre he vivido así. Pero como a usted parecía gustarle lo contrario.

—¿Qué?

—Yo…, yo… yo… me… enamoré de usted apenas verlo y… y

me dije que si a usted le gustaban las chicas tontas, pues bien podía serlo por una temporada y… y poco a poco convencerlo de que… de que era mejor una chica… normal, con buen gusto y… y… Pero acepté todo aquello porque… porque no estaba dispuesta a dejarlo escapar y… me pareció que más adelante le iría… enseñando cosas… Pero aquella noche me… me embriagué, no estoy acostumbrada a beber tanto, ni a hacer la estúpida… Y al día siguiente sentí tanta vergüenza que… que no quise verlo.

—Demonios —volvió a decir Dag Damon.

Se acercó a ella, la abrazó por la cintura y, de pronto, la besó en los labios, a toda máquina. Cuando separó sus labios de su rubia Rosalind, la Pequeña serenata nocturna, de Mozart, había ya terminado, y Dagobert Delano Damon, como flotando entre nubes de color de rosa, tartamudeó:

—¿Te parece… que oigamos ahora… El sueño de una noche de verano de Mendelssohn…?

FIN